

INVESTIGACIÓN SEMIÓTICA. ALGUNAS PRO-POSICIONES Y RELACIONES

Marcelino García¹

Resumen

Delineamos algunas reflexiones y herramientas de trabajo teórico y metodológico en clave semiótica (básicamente a partir de Peirce, y en diálogo con Bajtín, entre otros), para los estudios sociales y culturales en general y los estudios en comunicación en particular. Pro-ponemos (como cuestión y en cuestión) la relación fundamental semiosis/memoria para pensar e indagar las prácticas y los procesos de producción de sentido en las distintas semiosferas.

investigación –semiosis -memoria

Palabras clave

Investigación –semiosis -memoria

Abstract

We outlined some thoughts and tools in key theoretical and methodological semiotics (basically from Peirce and Bajtin in dialogue with, among others) for social and cultural studies in general and communication studies in particular. We propose (as matter and question) the fundamental relationship semiosis/ memory to think and investigate the practices and processes of meaning production in various semiosphere.

Keywords

Semiosis –memory –research

“La ciencia consiste en disparar realmente el arco hacia la verdad con aplicación en los ojos y energía en el brazo”. (Peirce, Una clasificación detallada de las ciencias <1902>).

Cuando emprendemos un viaje de dilucidación como es una investigación, esperamos que en algún momento, in-determinado, se nos dé la *chance* de sentir la necesidad que nos ha llevado a investigar, pensar, leer y escribir. En el transcurso expectante de los primeros tanteos, forcejeos, devaneos y negociaciones en torno de la definición del proyecto de investigación, abrigamos la esperanza de que el destino nos regale “esa casualidad por medio de la cual irrumpe eso que nos da que pensar” (Gargani, “La fricción del pensamiento”). Andamos solos, un poco a la deriva, y aguardando ese instante en que se produzca el encuentro con aquello que nos hace pensar; y entonces nos alivia la posibilidad de hacer “el gesto del reconocimiento y de la aceptación de la motivación que nos llevó” a indagar. Acontece “La fricción del pensamiento”, algún “roce con la realidad” (Marramao, “Los ‘idola’ de lo posmoderno”), del que surge el “reconocimiento de aquello que hace pensar” (Gargani).

Cuando uno se enfrenta con la necesidad de pensar un proyecto de investigación (de “tesis”, por ejemplo) puede manifestarse, o no, muy apremiante la urgencia de ‘dar con’ aquello que constituyera “el” problema, “el” objeto; y puede llegar o no hasta el límite de lo intolerable, paralizante, frustrante. O puede ocurrir lo contrario, puesto que esa circunstancia se presenta como un reto al entusiasmo y a la imaginación; o mejor aún, al libre juego de las facultades de imaginación y entendimiento, y juicio, lo que equivale a decir: una apuesta estética (a la experiencia) o una apuesta a la experiencia (estética), un experimentar profundo, acaso inefable, que se siente como un *shock*, un abismarse. Pues de esto se trata, correr el riesgo de hacer un *viaje*, en cuanto figura metafórica, y también real, como una de las formas cabales de la experiencia y de transformación de (y por) la experiencia².

... Luego viene el diseño, la ejecución y el relato de la investigación.

1. Hacer propuestas y apuestas

“esperamos que cualquier investigación que nos propongamos resulte en el establecimiento de una opinión. No necesitamos abandonar nunca esa esperanza. La representación de la realidad en tal opinión forzosa es la realidad. Se sigue que la

tarea de la metodéutica de la lógica es encontrar métodos tales que aceleren el progreso de la opinión hacia su último límite”.
(Peirce, La lógica considerada como semiótica)

Cuando un informe pasa al dominio (del) público, se ocupa un turno en el diálogo público en torno de lo que se trata, lo establece, lo revé, replantea, lo borra como ítem de la agenda de discusión. Momento y oportunidad para *poner algo como cuestión*. Esto quiere decir:

- ◆ Pro-poner una cuestión: poner-ante o a la consideración de (algún asunto). Hacer una propuesta en un campo de investigación supone “una nueva argumentación”, tomar distancia, situarse en relación con el asunto a tratar y el tratamiento del asunto³; observando la caución metodológica de Bourdieu (1976), objetivar al sujeto objetivador, posicionarse respecto del objeto, la propia posición respecto del mismo y en el campo respectivo.
- ◆ Poner en cuestión: cuestionar, interrogar, preguntar y responder; entender la pregunta como momento primordial en el proceso dialógico de construcción de conocimiento⁴.

La pro-proposición que se presenta puede tener el carácter o bien de una aserción, por mor de la cual se pretende que el público “se vea impulsado a afirmar lo mismo” que uno; o bien de una apuesta, por mor de la cual se espera que el público “se haga igualmente responsable de la verdad de la proposición contraria”. En ambos casos nos exponemos “deliberadamente a sufrir graves consecuencias” si la proposición en cuestión “no es verdadera” (Peirce, *Lecciones sobre pragmatismo*). Decir una proposición y hacer una afirmación es una acción *retórica*, por la cual “un signo puede determinar a un signo interpretante de sí mismo” (Peirce, *Ideas, extraviadas o robadas, sobre la escritura científica*), se desarrolla un “razonamiento como proceso, o cambio, ‘de pensamiento’”⁵.

Quien formula una proposición y la afirma intenta:

- a) que la imagen que se espera despierte en la mente del auditorio sea asimismo un signo de la imagen similar que él mismo pudo evocar; este icono o signo por semejanza de la cualidad real de la cosa, es el predicado de la afirmación, y puede ser tanto un único icono o imagen familiar, como un complejo de tales

iconos o imagen compuesta cuya totalidad no es familiar, pero sí pueden serlo las partes y su modo de composición;

- b) imponer a la atención del auditorio el objeto de la afirmación, por medio de su indicación; este objeto es el sujeto de la afirmación, la cual puede tener una multitud de sujetos;
- c) que el auditorio atribuya el predicado a los sujetos como un signo de los mismos tomado de una manera particular; esta compulsión que actuaría cada vez que se presente la ocasión, es una fuerza condicional permanente o ley de que “a los objetos de los índices les corresponde un icono como signo de los mismos, de una determinada manera; este símbolo es la cópula de la afirmación”. Una afirmación se constituye por la conexión de una palabra indicativa con una palabra simbólica, y tiene su modalidad o grado de convicción (Peirce 1989, 1988b; *La lógica considerada como semiótica, La lógica regenerada*).

Para esas ocasiones peliagudas pido a Peirce, Bajtin, y compañía, y otros que pueden sumarse a la ronda de los que re-abren el juego discursivo y epistémico (a), practicantes de la im-pertinencia transversal, y “tiradores de piedras del escándalo”, trabajadas con im-paciencia, esfuerzo y pasión, que *atestiguan responsablemente*⁶ su *obrar político* (b), que me auxiliien y esclarezcan mi “pobre mollera”: para *desenredar* (c)... *conjeturar* y hacer un *gesto indiciario*, sobre las tramas de la *memoria* (d)... practicar la *crítica genealógica* (e), de las prácticas y los (con)textos... *comprender*, las meta-morfosis del mundo, la vida y el contar, el devenir y la deriva del *sentido* y la comunicación (f)...

a) “‘La literatura está hecha para hacer que la protesta humana sobreviva al naufragio de los destinos individuales’. Esta estupenda frase de Sartre <El idiota de la familia, vol I> define, entre otras cosas, la única ‘función’ a la que debería querer aspirar un intelectual crítico: la de generar un universo discursivo que se transforme en el horizonte de toda una época, más allá de los avatares y las contingencias inmediatas del ‘nombre de autor’ que dibujó por primera vez esa línea horizontal. Esto es lo que lograron, para nuestra modernidad, Marx o Freud” (Grüner 1998, Introducción, p. 25).

b) Como Macedonio Fernández, que “*fue capaz de inventar una discursividad diferente <...> una retórica que, ahora, otros pueden usar. <...> las piedras*

paradójicas arrojadas por Macedonio a los soportes y dispositivos del poder legitimado, y no tanto, han dado en los flancos más vulnerables del orden establecido y eso se llama... hacer política.” (Camblong 2003: 436, cursivas de la autora).

c) Según la “traición” a la letra de “Los crímenes de la calle Morgue” de Poe que se tenga a mano: “el analista halla su placer en esa actividad del espíritu consistente en desenredar” (la versión de Alianza); “el analista cifra su gloria en esa actividad espiritual que le permite aclarar los misterios” (la versión de Claridad); es un “hombre verdaderamente imaginativo”, su “poder analítico no debe confundirse con el mero ingenio”, su “facultad de re-solución” puede vigorizarse con el estudio de las matemáticas, el cálculo, la teoría de las probabilidades; tiene que ejercitar la atención, para él “Observar con atención equivale a recordar con claridad”. Esto son “algunos notabilísimos rasgos del carácter mental” de Dupin, quien expone parte de su método a propósito del “misterio de María Roget”: “No es el más pequeño de los errores el que en estas clases de investigaciones limita la pesquisa a lo más inmediato, sin hacer caso absolutamente de los sucesos accesorios o accidentales”, “Hasta ahora hemos examinado sólo el campo de la investigación; pero será extraño, en verdad, que una atenta inspección, como la que intento de los impresos públicos, no nos suministre algunos pequeños puntos que den direcciones a la pesquisa”. Y esto, con el auxilio de la intuición, “la convicción nacida de ciertas inducciones o deducciones, cuyo desarrollo fue lo bastante secreto para pasar inadvertido a nuestra conciencia, eludir nuestra razón o desafiar nuestro poder expresivo” (“Eureka o Ensayo sobre el universo”, de interesante lectura en contrapunto con Peirce).

d) Al estilo de Holmes, Dupin, Morelli, Freud... Peirce. Ginzburg (1989, “Morelli, Freud y Sherlock Holmes: indicios y método científico”, expone cómo a fines del siglo xix emergió silenciosamente, en el ámbito de las ciencias sociales, un modelo epistemológico (o un paradigma), que se sigue usando sin contar con una teoría explícitamente formulada. Esboza una analogía entre los métodos del especialista en arte Morelli (desarrollado para realizar una correcta atribución de las obras), del detective Holmes y de Freud: en los tres casos (curiosamente: Freud, médico; Doyle había sido médico; Morelli, licenciado en Medicina) “unos detalles minúsculos proporcionan la clave para acceder a una realidad más profunda, inaccesible por

otros métodos”. Esos detalles son: para Freud, síntomas; para Holmes, pistas, indicios; para Morelli, rasgos. Ginzburg considera legítimo hablar de un *paradigma indiciario*, “orientable hacia el pasado, o el presente, o el futuro, según el tipo de conocimiento invocado”, en el que tiene importancia la *conjetura*; el saber del historiador “es indirecto, basado en signos y vestigios de indicios, conjetural”. Relata el largo proceso en que se tejió el paradigma, desde el arte venatorio, adivinatorio, la semiología médica, la antigua fisiognómica árabe, lo que Huxley llamó el método de *Zadig* (ver el capítulo de la novela *Zadig o el destino, historia oriental* de Voltaire, donde el joven resuelve el caso de la perra de la reina y el caballo del rey, extraviados, a partir de ciertos indicios, sin haberlos visto siquiera ni saber que los reyes tuvieran estos animales; también puede leerse, entre otras, *El nombre de la rosa* de Eco y *El perfume* de Süskind, dos *best sellers* por los mismos años), lo que Walpole designó como *serendipity*, la novela policial, la crítica de arte, etc. Vid. Ginzburg (1994), Eco y Sebeok (1989), Sebeok y Sebeok (1987).

e) Propuesta por Nietzsche, en el mismo humus de la hermenéutica de la sospecha de Marx y Freud (seguida, entre otros por Foucault), en su preocupación por desmontar las *mentiras* que (nos) sostiene (en) el mundo, y dejar la realidad al desnudo; frente a la manera normal de hacer ciencia, pro-poner como cuestión y en cuestión “una historia de la génesis del pensamiento”, “la historia de la génesis de este mundo como representación” (*Humano, demasiado humano*). Así, el propio texto, analizado y producido, practica una memoria, cuyo mecanismo semiótico puede contribuir a, o evitar, la *mitificación* del sentido social, que oculta el trabajo con el lenguaje y convierte la historia en naturaleza; porque las palabras y las cosas pueden perder el recuerdo de su construcción, el empleo de una metáfora puede olvidar su origen cultural (y las verdades son metáforas cristalizadas). Mitificar el sentido es olvidar “que el sentido que se le dé a la naturaleza y a la sociedad dependerá de lo que se quiera hacer con ella” (Gramsci, en Paoli 1984: 66); de ahí que la desnaturalización exige una mirada alerta y distanciada, capaz de evocar el olvido del hacer histórico social, el trabajo social que produce la significación (Castoriadis 1993, Barthes 1986a).

f) La existencia misma “es una profunda comunicación”, cuyo principio generador es la *frontera* (con), el umbral (entre) la(s) alteridad(es) (Bajtín 2000): “Los hombres

conclusos e indiferentes no se conciben a sí mismos en el umbral”, de ahí “su venerabilidad autosuficiente”, la “autocomplacencia”; “La ciencia positiva construye la imagen del mundo *in absentia* (una imagen que da muerte) y desea cerrar en ella el devenir de la vida y del sentido <...> no está la voz del mismo mundo, tampoco existe su cara parlante, sino tan sólo su espalda, su nuca”; en cambio, el *pensamiento participativo y responsable* es performativo, afirma la no coartada en el ser (“fundamento del carácter forzosamente dado y planteado de la vida”), que (des)coloca al sujeto en el tiempo largo de la “gran experiencia”, donde “existe una memoria sin fronteras” (Bajtín 1997). Derrida (1992) señala que “Lo que pone en crisis el capital cultural como *capital ideal*”, la universalidad de la que Europa responde, “es la desaparición de esos hombres” “capaces también de repetición y de memoria, preparados para responder, para responder *ante*, para responder *de* y para responder *a* aquello que habían oído, visto, leído, sabido una primera vez”.

2. Emprender indagaciones

“En general, pues, no podemos alcanzar por ningún camino ni certeza ni exactitud. Nunca podemos estar absolutamente seguros de nada, ni podemos averiguar con alguna probabilidad el valor exacto de cualquier medida de la ratio general. <...> Creo poder decir que no hay una opinión sostenible referente al conocimiento humano que no conduzca legítimamente a este corolario”.
(Peirce, Falibilismo, Continuidad y evolución)

El estudio de la realidad *sub specie semioticae et communicationis* consiste en desplegar la *semiosis*, condición de posibilidad y realización efectiva de las representaciones e interpretaciones y de la validez intersubjetiva de las mismas; esto es la definición y la regulación públicas de la realidad y la verdad⁷. Esta concepción presupone que “la ciencia necesita la *democratización de la investigación*” (Putnam 1999: 105)⁸, y en general de la democracia real; el carácter político, crítico, utópico y normativo de la ciencia⁹, y la necesidad de re-mover la andadura de las *ciencias normativas*¹⁰.

“Si tenemos que definir la ciencia, no en el sentido de empaquetarla dentro de una casilla artificial donde pueda ser encontrada de nuevo por alguna marca insignificante, sino en el de caracterizarla como una entidad histórica viviente, debemos concebirla como aquello acerca de lo cual los hombres que antes hemos descrito se ocupan a sí mismos. Como tal, no consiste tanto en conocer, ni tampoco en ‘conocimiento organizado’, cuanto en la investigación diligente dentro de la verdad por causa de la verdad, sin ningún tipo de interés, ni siquiera por el

interés del deleite de contemplarla, sino por el impulso de penetrar en la razón de las cosas. <...> Si un hombre se abrasa por conocer y se dispone a comparar sus ideas con los resultados experimentales con la intención de hacer correctas sus ideas, cualquier científico lo reconocerá como a un hermano, sin importar cuán pequeño sea su conocimiento” (Peirce, Lecciones de la historia de la ciencia <c. 1896>).

El *proceo indagatorio* en que consiste la ciencia, no en producir doctrinas (1986, *Carta a lady Welby*, 23-dic.-1908), está sometido, por un lado, a la “reiteración indefinida del autocontrol sobre el autocontrol”; y sujeto, por otro, al principio de la crítica racional ulterior, sobre la base del postulado de la *falibilidad*: “Vuelvo ahora a manifestar mi aborrecimiento por la doctrina según la cual una proposición cualquiera es infaliblemente verdadera. <...>. Es imposible que yo pueda saber infaliblemente que alguna verdad existe efectivamente”. (Carta, 23-dic.-1908).

“Ninguna cognición es absolutamente precisa” (1989, *Grafos existenciales*), no es posible alcanzar mediante el razonamiento la certeza absoluta, o absoluta exactitud, ni la universalidad absoluta, ni establecer un conocimiento de manera última y definitiva¹¹: “todo lo humano es falible” (Peirce 1988a, *Por qué estudiar lógica*)¹². Y entre las tres caracterizaciones del pragmatismo, según Rorty (1996, cap. 9): “la investigación no tiene ningún otro límite que el que impone la conversación”.

En las notas para una historia de la ciencia (que no concretó), en el apartado sobre “La incertidumbre de los resultados científicos”, refiriéndose a la hipótesis –abducción, dice Peirce:

“el científico toma en consideración hipótesis casi salvajemente increíbles, y las trata con respeto por el momento. ¿Por qué hace esto? Simplemente porque una proposición científica cualquiera está siempre expuesta a ser refutada. Una hipótesis es algo que parece ser verdad y que es capaz de verificación o refutación por comparación con los hechos.

La mejor hipótesis, en el sentido de ser la que más se recomienda a sí misma ante el investigador, es aquella que puede ser fácilmente refutada si resulta falsa. <...> Pues, después de todo, ¿qué es una hipótesis prometedora? Es la que está de acuerdo con nuestras ideas preconcebidas. Mas éstas pueden ser erróneas. Sus errores son precisamente lo que el científico está empeñado más en cazar. Pero si una hipótesis puede con facilidad y rapidez ser desembarazada o

despejada para poder seguir adelante y dejar el campo libre para el esfuerzo principal, es una inmensa ventaja.

La retroducción procede según la esperanza de que hay aquí suficiente afinidad entre la mente del razonador y la naturaleza para hacer la conjetura no enteramente desesperanzada, con tal que cada conjetura sea revisada comparándola con la observación. Es verdad que la concordancia no demuestra que la conjetura sea correcta; pero si es falsa, equivocada, debe en último caso descubrirlo. (Lecciones de la historia de la ciencia <c.1896>)

Lo que hay que leer en relación con el párrafo anterior a ése, acerca de “La insuficiencia del conocimiento científico” (articulando varios hilos del discurso de Peirce, y respecto también de lo que señalamos más abajo sobre semiosis/memoria):

“Las personas que conocen la ciencia principalmente por sus resultados -es decir, que no tienen ninguna relación con ella como búsqueda viva- son aptas para aceptar la noción de que el universo ya está totalmente explicado en sus rasgos principales y que sólo aquí y allá el edificio del conocimiento científico deja ver algunas grietas.

Pero de hecho, no obstante todo lo que se ha descubierto desde la época de Newton, aquel dicho de que somos niños pequeños que recogen hermosas piedrecillas en la playa mientras el océano yace a sus espaldas inexplorado, sigue siendo sustancialmente tan verdadero como siempre y lo será aunque recojamos las piedrecillas con palas mecánicas y las transportemos en furgones. <...> aun dentro de los verdaderos límites a los que nuestra ciencia ha sido confinada, es en conjunto superficial y fragmentaria. <...> Nuestra ciencia es totalmente mediana y mediocre. No se puede exagerar su insignificancia comparada con el universo”.

La *semiosis ad infinitum* (universal), como *acción* que implica la relación entre signo - objeto –interpretante¹³, que piensa Peirce, es un proceso de crecimiento, de los signos que siguen a otros signos más desarrollados, del conocimiento de la realidad mediado por signos y de la propia realidad; y como tal proceso es el despliegue de la temporalidad, y todo proceso de desarrollo y crecimiento, evolución y continuidad, supone cambios, diversidad y novedad, con la intervención del azar¹⁴. (Esta cosmovisión de) la naturaleza propia de la semiosis no admite la clausura última y definitiva del complejo proceso de relaciones triádicas, abierto, incompleto, continuo, azaroso; sino que re/in-augura el diálogo regenerador de sentido y la relación semiosis/memoria, igualmente constitutiva, inherente, necesaria, genuina¹⁵.

Esta concepción de la indagación científica como un proceso autocorrectivo y cooperativo confía en la competencia de la *comunidad indefinida de los investigadores* para decidir en última instancia acerca de la realidad (estudiada), esto es establecer la verdad. Este es el marco que hace del problema de la *comunidad* la “cuestión práctica más fundamental”, que Peirce (1988a) resuelve ligándolo a la problemática de la *realidad y la verdad*:

“El auténtico origen del concepto de realidad muestra que el mismo implica esencialmente la noción de COMUNIDAD, sin límites definidos, y susceptible de un crecimiento definido del conocimiento. Y, así, aquellas dos series de cognición _la real y la irreal_ constan de aquellas que la comunidad seguirá siempre reafirmando en un tiempo suficientemente futuro; y de aquellas que, bajo las mismas condiciones, seguirá siempre negando”.

“Finalmente, como lo que algo realmente es, es lo que puede finalmente llegar a conocerse que está en el estado ideal de información completa, de modo que la realidad depende de la decisión última de la comunidad; así el pensamiento es lo que es, sólo en virtud de dirigirse a un pensamiento futuro que en su valor como pensamiento es idéntico a él, aunque más desarrollado. De esta manera, la existencia del pensamiento depende ahora de lo que va a ser después; de manera que sólo tiene una existencia potencial, dependiente del pensamiento futuro de la comunidad.” (Algunas consecuencias de cuatro incapacidades)

Peirce (1988a, *Cómo esclarecer nuestras ideas*) señala que sería erróneo suponer que la definición de lo real “como aquello cuyas características son independientes de lo que cualquiera puede pensar que son” esclarece perfectamente la idea de realidad. Según sus propias reglas la realidad, como cualquier cualidad, “consiste en los efectos sensibles específicos que producen las cosas que participan de la misma. El único efecto que tienen las cosas reales es el de causar creencia” (aquello conforme lo cual estamos dispuestos a actuar). Peirce confiesa una “enorme esperanza” encarnada en el concepto de verdad y realidad: “La opinión destinada <destino significa meramente aquello que con toda certeza se realizará> a que todos los que investigan estén por último de acuerdo en ella es lo que significamos por verdad, y el objeto representado en esta opinión es lo real” (“Esta es la manera cómo explicaría” Peirce la realidad).

Con referencia a la distinción objetos inmediato/dinámico de Peirce y su semiótica como filosofía de la esperanza lúcida, Deladalle (1996: 90) aclara:

“la semiosis definida como inferencia es un proceso epistemológico sin fronteras (no está de un lado el pensamiento y del otro el mundo):

no existe más que un ‘objeto’ que se pueda calificar de inmediato o de dinámico según el punto de vista en el cual uno se ubica, pero que es lo que es, y cuya naturaleza propia se precisa a medida que la búsqueda o la indagación o el proceso semiótico avanza en el tiempo y en el espacio, no hacia una verdad que correspondería a una realidad preestablecida, sino hacia la verdad de una realidad que se construye al mismo tiempo que ella <...> somos nosotros quienes producimos los interpretantes que se convierten en los signos que serán mañana <...> la verdad-realidad provisional y falible por siempre”.

Con el supuesto de que la ciencia avanza “por cooperación, aprovechándose cada investigador de los logros de su predecesor, y uniendo la propia obra a lo ya hecho, en un todo continuo” (Peirce, *Por qué estudiar lógica*), se postula también que “cualquier evolución lógica del pensamiento debe ser dialógica” (Peirce 1989, *Grafos existenciales*):

“Es absolutamente cierto que el éxito de la moderna ciencia depende ampliamente de una cierta solidaridad entre los investigadores. Confío en que no esté muy lejos el tiempo en que la lógica entre por esta vía. Todos mis esfuerzos, desde el principio de mi carrera, han estado dirigidos a este deseable resultado <...> Pero tal armoniosa cooperación presupone que se fijen los principios fundamentales. Hasta que así sea, la disputa ha de ser el método por el que una ciencia dada recorra su camino hacia la luz.” (Peirce 1988a, *Por qué estudiar lógica*)¹⁶

En algunos lugares Peirce identifica tres formas de vida humanas y caracteriza a los tres tipos de hombres representativos, respectivamente el artista, el práctico y el de ciencia. Con alguna variante: el grupo de “los devotos de la diversión”; el de los que se proponen “lograr resultados”, que “constituye la civilización”; y el de los hombres de ciencia, que “no pueden concebir en absoluto una vida para la diversión y desprecian una vida de acción. Su propósito es adorar a Dios en el desarrollo de las ideas y de la verdad” (*La naturaleza de la ciencia* <1906>). Peirce reconoce el privilegio de haber pasado toda su vida entre quienes “dedican toda su vida a la búsqueda desinteresada de la verdad”, ninguno de los cuales “espera hacer, él mismo, algún avance grande hacia la verdad completa y perfecta, sino que continúa los trabajos de sus predecesores y espera que sus sucesores continúen los suyos” (*Formas de vida* <probablemente 1905-1906>):

“No es lo que ya han descubierto lo que hace de su ocupación una ciencia; sino el que estén persiguiendo una rama de la verdad de acuerdo, no diré, con los mejores métodos, sino con los mejores métodos que en su tiempo se conocen. No llamo ciencia a los estudios solitarios de un hombre aislado. Sólo cuando un grupo de hombres,

más o menos en intercomunicación, se ayudan y estimulan unos a otros al comprender un conjunto particular de estudios como ningún extraño podría comprenderlos, <sólo entonces> llamo a su vida ciencia” (La naturaleza de la ciencia).

A propósito de la terminología científica, para que se entienda el uso que hace de los términos, y articulando sintéticamente los puntos anteriores, Peirce ofrece algunas razones a cuya fuerza obedece, presumiendo que “ellas ejercerían igual fuerza sobre los demás”:

“<...> en primer lugar, la consideración de que los símbolos son la urdimbre y la trama de toda investigación y de todo pensamiento, y que la vida del pensamiento y de la ciencia es la vida inherente a los símbolos <...>. Seguidamente <...> <el> valor creciente de la precisión del pensamiento a medida que éste avanza. En tercer lugar, el progreso de la ciencia no puede ir muy lejos si omite la colaboración; o, para expresarlo con más exactitud, ninguna mente puede avanzar un solo paso sin ayuda de otras mentes. En cuarto término, la salud de la confraternidad científica requiere la más absoluta libertad mental <...>.” (1986, La ética de la terminología)

En un texto breve (“Religión y política” <1895>, al parecer una carta para un periódico), afirma Peirce: “La verdad es el fruto de la libre investigación y de tal docilidad hacia los hechos que nos hará estar siempre deseosos de reconocer que estamos equivocados, y ansiosos de descubrir que lo hemos estado”.

3. Algunas guías de excursión

“El conservadurismo –en el sentido de tener miedo de las consecuencias- está fuera de lugar en la ciencia –la cual, por el contrario, ha sido siempre llevada adelante por radicales y el radicalismo en el sentido de la vehemencia en el llevar las consecuencias hasta sus extremos. No el radicalismo, sin embargo, que está absolutamente seguro, sino el radicalismo que realiza experimentos. En verdad, entre los hombres animados por el espíritu de la ciencia es donde la doctrina del falibilismo encontrará sus seguidores”.

(Peirce, Falibilismo, Continuidad y evolución)

La *excursión*¹⁷ semiótica por los interminables caminos de senderos que se bifurcan del “diverso cristal de esa memoria, el universo” (Borges, “Everness”, *El otro, el mismo*), una “grandiosa obra de arte” y un “argumento”, en tanto “ejecuta sus conclusiones en las realidades vivas” (Peirce 1978), aborda el objeto de “toda investigación, cualquiera sea” (Peirce, *Un argumento olvidado en favor de la realidad de Dios* <1911>) como

laboratorio de observación, para re-abrir el *juego* trans-formador (de lo que se estudia y del que estudia) del *ensayo*.

En ese trajinar uno re-quiere una que otra auténtica primera lección, como la que Peirce demanda a la lógica¹⁸: “cómo esclarecer nuestras ideas”.

En una de sus cartas a Lady Welby (14-12-1908), en respuesta a la “pregunta si cuando afirmo que la religión está ‘probada’, quiero decir ‘experimentada’ o ‘probada lógicamente’”, Peirce sostiene que “al ser la cuestión de la verdad de la religión una cuestión de lo que es verdadero, de lo que *sería* verdadero bajo una hipótesis arbitraria, como las de la matemática pura, la única prueba lógica posible es el experimento”: la ‘experimentación’ es “la única prueba lógica de cualquier cuestión relativa de los objetos Reales”. En las *Lecciones sobre el Pragmatismo* Peirce explica que un experimento¹⁹:

“es una pregunta que se hace a la naturaleza. Como cualquier interrogatorio, se basa en una suposición <...> <que si> es correcta, es de esperar cierto resultado sensible bajo ciertas circunstancias, que pueden ser creadas o, en todo caso, han de prestarse”.

En una “carta al editor” de 1907 (*The Nation* y *Atlantic Monthly*, que rechazaron el artículo, en cuyo manuscrito constan varias versiones), para “explicar qué es realmente el pragmatismo”, ante las discusiones en torno de “este nuevo ingrediente del pensamiento de nuestro tiempo”, “la más interesante” de “algunas de las grandes ideas del siglo diecinueve”, dice Peirce²⁰:

“todos los pragmatistas estarán de acuerdo en que su método de averiguar el significado de las palabras y los conceptos no es otro que el método experimental por el que todas las ciencias exitosas <...> han alcanzado los grados de certeza que les son respectivamente propios hoy día –no siendo este método experimental nada más que una aplicación particular de una vieja regla lógica, ‘por sus frutos los conoceréis’” (Pragmatismo).

A propósito de las tareas del Pragmatismo, Peirce (*Lecciones*) “ejemplifica el tipo de experimentalista” (“maneras de pensar de laboratorio”) y como tal formuló la teoría de que:

“una concepción, es decir, la intención racional de una palabra u otra expresión reside exclusivamente en sus repercusiones concebibles en la conducta de la vida; de manera, que, dado que obviamente nada que

no pueda resultar del experimento puede tener repercusión directa alguna en la conducta, si uno puede definir con exactitud todos los fenómenos experimentales concebibles que pudiera implicar la afirmación o negación de un concepto, uno tendría ahí una definición completa del concepto, no habiendo en él absolutamente nada más”.²¹

El carácter científico del viaje se daría con el desarrollo del proceso de cognición, en tanto “proceso de inferencia válida” (Peirce 1988a, *Algunas consecuencias de cuatro incapacidades*)²². La inferencia, como equivalente epistemológico de la semiosis, es *experimental*, que según Deladalle (1996: 124) habría que entender “en todos los sentidos de la palabra”, tanto “experimentación de laboratorio” cuanto “experimentación ‘mental’ de la física matemática, que es también, por lo demás, la puesta a prueba de una hipótesis o idea”, lo que implica su concepción de signo-acción.

Apel (1985 -II: 185-186) señala que para Peirce “La comprensión del sentido no se constituye por la observación de datos experimentales, sino que se relaciona con la posible experiencia experimental por medio de un experimento mental”.

Por su parte, Sini (1985: 42) advierte que el carácter formal o cuasi necesario de la Semiótica “se debe al método que le es propio, es decir, la observación abstracta”. Este método, propio de la Fenomenología o Faneroscopía de Peirce, “consiste simplemente en abrir nuestros ojos mentales y mirar bien al fenómeno”, tarea que requiere la ejercitación de tres facultades: 1) la de *observación* (del artista), “de ver lo que salta a los ojos, tal como se presenta, sin reemplazarlo por ninguna interpretación, sin adulterio con ninguna concepción respecto a esta o aquella circunstancia supuestamente modificadora”; 2) de una resuelta *discriminación*, “que se agarra como un perro de presa al rasgo particular que estamos estudiando”; 3) de *generalización* (del matemático), quien “crea la fórmula abstracta que engloba la esencia misma del rasgo sometido a examen, purificada de toda mezcla de accesorios extraños e irrelevantes” (*Lecciones -II*). Precisamente, parte del interés de Peirce radica en gran medida en la fuerza de su pensamiento y su método icónico-diagramático.

Entre otras proposiciones-guías del filosofar *piecemeal and by fragments* de Peirce (Vid. Apel (1997), para investigar/pensar: “los hechos que se encuentran ante nuestra cara y ojos, dándonos como en las narices, no son ni mucho menos en todos los casos

los más fácilmente discernibles” (1988a, *La ley de la mente*); sea, porque, contrario sensu de la naturaleza pragmatista de Peirce, no sentimos esa “especie de atracción instintiva por los hechos vivos”, sea porque “a casi todos nos parece resultarnos difícil reconocer la grandeza y la maravilla de las cosas que nos son familiares” (*Lecciones - II*). Para ejercitar el *extrañamiento*, entonces, más que ocuparnos de “recopilar hechos” podríamos intentar “aprender lo que puede aprenderse de esa experiencia que nos apremia a cada uno de nosotros todos los días y a todas horas” (lo que Peirce entiende por Filosofía, *Lecciones*).

3.1 Procesos argumentativos espiralados

“Todas las ideas nuevas de la ciencia advienen a ésta por el camino de la abducción. <...> consiste en estudiar los hechos e inventar una teoría que los explique. Su única justificación estriba en que, si por ventura queremos entender las cosas, ha de ser por esta vía”.
(Peirce, *Lecciones -V*)

Embarcarse en una odisea es a) dar una respuesta activa y apasionada a la motivación de una inquietud y una curiosidad; b) estar dispuesto a aceptar el desafío de lo concebible, imaginable, pensable, conocible, opinable, discutible; lo nuevo, diferente, lo otro, la diversidad, la alteridad y (auto)alteración; c) provoca por momentos el desasosiego, por el puerto que se deja y a los que se pueda llegar, por lo que pueda pasar/nos en el itinerario... el futuro: “la significación intelectual de todo pensamiento reside finalmente en su efecto sobre nuestras acciones”, “el carácter intelectual de la conducta” consiste “en el hecho de que la mente, contemplándola, encuentre una armonía de propósitos en ella”, “De esta manera, el pensamiento sólo es racional en la medida que se propone para un posible pensamiento futuro. O, en otras palabras, la racionalidad del pensamiento reside en su referencia a un futuro posible” (“Que la significación del pensamiento reside en su referencia al futuro”, cap. V del gran e incompleto *Logic Book* de Peirce <1873>, *MS 392*); d) produce *incertidumbre*, que no es mero defecto de la mente, sino por el contrario pertenece a su esencia, necesaria junto con cierta cantidad de espontaneidad arbitraria en la acción para formar nuevos hábitos (*La ley de la mente*).

El proceso de indagación se desencadena por la irritación de la duda que motiva la lucha por alcanzar la *creencia*²³: “la investigación no puede comenzar mientras no se haya

presentado un estado de duda real, y cesa tan pronto como se haya alcanzado la creencia”²⁴. La fijación de una creencia o, en otros términos, un estado de satisfacción es todo aquello en lo cual consiste la verdad o la meta de la investigación:

“si la verdad consiste en la satisfacción, no puede tratarse de una satisfacción actual, sino que debe ser una satisfacción que, en última instancia, se alcanzaría si la investigación fuera conducida a su conclusión última e irrevocable” (Un argumento olvidado en favor de la realidad de dios).

La resolución del proyecto, el proceso y el informe de investigación consiste en la reelaboración de *argumentos*²⁵. Un argumento (en la clasificación de Peirce, uno de los tipos de signos que resultan de la relación con el interpretante) es “todo proceso de pensamiento que tiende razonablemente a producir una creencia definida” (*Un argumento olvidado*). Peirce sostiene que “el propósito declarado de un argumento es el de determinar la aceptación de su conclusión, y ello concuerda plenamente con la costumbre general de llamar a la conclusión de un argumento su significado” (*Lecciones*)²⁶. En *Grafos y signos* dice que un argumento es “un signo que tiene la Forma de tender a actuar sobre el Intérprete por medio de su autocontrol, representando un proceso de cambio en pensamientos o signos, como para inducir este cambio en el Intérprete”. Cuando se nos presenta un argumento, “nos llama la atención <...> un proceso por el cual las premisas originan la conclusión, no informando al intérprete de su verdad, sino apelando al mismo para que le dé su asentimiento”.

Los movimientos argumentativos constitutivos del proceso inferencial triádico son la abducción, la inducción y la deducción.

Peirce (*Un argumento olvidado*) indica que el origen de una investigación es la *observación* en alguno de los tres Universos de la experiencia (primeridad, segundidad, terceridad; sentimiento, sabor, cualidad, posibilidad -reacción, existencia, actualidad -representación, mediación) de “algún fenómeno sorprendente”.

La *abducción* (razonamiento de consecuente a antecedente) es el silogismo correspondiente a la primera etapa. Se reflexiona sobre “estos fenómenos bajo todos sus aspectos, en la búsqueda de un punto de vista a partir del cual se disipe la sorpresa”; para después presentar “una conjetura que brinde una Explicación posible, en virtud de

la cual el investigador considera su conjetura” provisionalmente como plausible, y se la somete a un examen minucioso para estimar finalmente su Plausibilidad.

La forma característica de razonamiento propio de la segunda etapa es la *deducción*. Hay que poner a prueba la hipótesis para que sea lógicamente válida: se examina la hipótesis y “un conjunto de toda suerte de consecuencias experimentales condicionales que se desprenderán de su verdad”. La primera operación consiste en Explicar la hipótesis mediante el análisis, de modo que aquella, “en la medida en que se desarrolla correctamente, debe llegar a una conclusión verdadera”; y luego se procede a la Demostración o Argumentación deductiva.

El razonamiento correspondiente a la tercera etapa es la *inducción*. Es necesario “asegurarse el modo en que esos consecuentes concuerdan con la Experiencia, y juzgar luego si la hipótesis es sensiblemente correcta o bien requiere alguna modificación esencial o bien debe ser rechazada en su totalidad”. Esta etapa comprende la Clasificación, las Probaciones y la Sentencia, “que, mediante razonamientos inductivos, evalúa las diferentes Probaciones una por una, luego sus combinaciones, luego es necesaria una autoevaluación de estas mismas evaluaciones y formular un juicio final sobre el resultado total” (*Un argumento olvidado*).

La única forma y vía que aporta algo nuevo “en el curso de sus peregrinaciones” es la *abducción*:

“es el proceso de formar una hipótesis explicativa. Es la única operación lógica que introduce alguna idea nueva; pues la inducción no hace más que probar el valor, y la deducción desarrolla nuevamente las consecuencias necesarias de una pura hipótesis. La deducción prueba que algo tiene que ser; la inducción muestra que algo es actualmente operativo; la abducción sugiere meramente que algo puede ser. Su única justificación es la de que a partir de su sugerencia la deducción puede extraer una predicción que puede comprobarse mediante inducción, y que, si podemos llegar a aprender algo o a entender en absoluto los fenómenos, esto tiene que conseguirse mediante la abducción” (1988a, Algunas categorías de la razón sintética).

La abducción “es un método para formar una predicción general sin ninguna seguridad positiva de que tendrá éxito, tanto en el caso especial como de manera usual, y su

justificación es que es la única esperanza posible de regular nuestra conducta futura de manera racional” (1989, *Elementos de lógica*).

En *La lógica considerada como semiótica* dice: “la completa sustancia de la ciencia debe venir a nosotros por abducción”, que “sólo concluye interrogativamente”, “comienza una hipótesis científica”, “comienza una pregunta, o hipótesis problemáticamente propuesta, que explique una observación sorprendente”.²⁷

Recapitula Peirce (1978) en la última *Lección* de 1903: “Si consideran ustedes cuidadosamente la cuestión del pragmatismo, verán que no es otra cosa que la cuestión de la lógica de la abducción”.

3.2 Clave relacional

“Empezaré el trabajo con esta conjetura. Las uniformidades de los modos de acción de las cosas han acaecido por su ir formando hábitos. <...> hay tres elementos activos en el mundo: primero, azar; segundo, ley; tercero, formación de hábitos”.
(Peirce, Una conjetura para el acertijo)

A partir de la *relación*, como clave de bóveda de la galaxia semiótica (peirceana) en expansión (Eco 1999: 8), se puede tomar la noción de semiosis como uno de los *lugares* centrales del firme y sólido edificio diseñado y erigido por Peirce, y como guía para recorrer gran parte de sus arduos corredores y poco más o menos in/cómodas estancias.

El estudio semiótico es el análisis del funcionamiento de la semiosis como proceso y el propio análisis es un proceso semiótico (Deladalle 1996). Se trata de desplegar dicho proceso de remisión triádica permanente de signos a otros signos²⁸ en algunos de los trozos del tejido semiótico en cuyo interior se re-hace el mundo (Verón 1987)²⁹, no pocos de los cuales se deslizan “muchas veces sin que lo sepamos. De modo que no siempre es fácil no dejarse arrullar por el ronroneo de la máquina semiótica” (Deladalle 1996: 105), cuyo sonido y furia resultan tanto más patentes o importantes por cuanto las semiosis histórico-sociales y culturales de las que nos ocupamos en el campo de estudio sociales re-generan y regimentan continuamente sus relaciones constitutivas y re-producen repertorios de representámenes, dominios de objetos y sistemas de

interpretantes, que cristalizan en instituciones y con-forman tradiciones, en cuyos desarrollo, ordenamiento y cambios intervenimos. Esto es, ocuparse de los procesos de *mediación*, en función de la *matriz semiótica* (y) *de la memoria*, que corresponden al orden de la *terceridad*, la categoría de “la mediación, del hábito, de la memoria, de la continuidad, de la síntesis, de la comunicación, de la representación, de la semiosis y de los signos” (CP, 1.337-ss, cit. en Nöth 1998: 64, Peirce 1989, *Principios de filosofía*), “un sinónimo de la *Representación*” (*Lecciones -IV*), es decir la operación de un signo:

“no es otra cosa que el carácter de un objeto que encarna la Intermediedad o Mediación en su forma más simple y rudimentaria; y la empleo como un nombre de ese elemento del fenómeno que es predominante dondequiera que es predominante la Mediación, y que alcanza su plenitud en la Representación”. (*Lecciones*).

Las prácticas sociales se realizan bajo el imperio de la *ley* (*orden, legislación, regularidad*), que “nunca puede encarnarse en su carácter de ley, excepto determinando un hábito. <...>. Una ley es como un futuro sin fin, tiene que continuar siendo” (*Algunas categorías de la razón sintética*)³⁰.

Es en (y por) el dominio de la *terceridad* donde co-operan imbricados y producen sus efectos los regímenes icónico, indicial y simbólico, alguno/s de los cuales puede/n predominar en la semiosis que se analiza. En algunos complejos mnemosemióticos-comunicativos (en) que (se) re-elaboran hábitos y creencias (entre otros formatos, el manual escolar, el periódico, el videoclip, el *reality show*, el aviso publicitario, el documental), así como para su análisis, es fundamental el funcionamiento de la iconicidad y la indicialidad (García 1999, 2007, 2009, 2010, Andacht 2001, 2003). Así por ejemplo, la lectura del texto de historia o del diario supone atender y seguir el curso de *indicios*, revelador de la trama, para su comprensión y para hacer una *conjetura* de trabajo, acerca del texto, el relato, la realidad representada e interpretada.

En cuanto a la *indicialidad*, tanto de los diarios, p. e., respecto de la realidad semiotizada (mass-mediada) cuanto instrumento de análisis de los mismos (Cfr. Arnoux 2006), el periódico proporciona indicios, pistas, huellas, síntomas, para leer el contexto (del que forma parte y al que contribuye a tejer) y el propio diario, a partir de los cuales se pueden formular *abducciones* y proponer aportes que pueden enriquecer la comunicación y la educación públicas, y el campo de estudios sociales y culturales. La

práctica semiótica de los massmedia, activada por la realidad, como *objeto dinámico*, (re)elabora versiones narrativas de algunas posibles parcelas, trozos, recortes (acontecimientos), en virtud de algunos posibles *aspectos*, como *objetos inmediatos*, que conforman la *actualidad*, representada e interpretada así por esos medios. De ahí la *indicialidad* preponderante de la mass-mediación:

- ✓ establece conexión (contigüidad) con el “acontecer”
- ✓ orienta la atención hacia esa “realidad”
- ✓ exhibe sus huellas y las marcas del trabajo de construcción social de la realidad pública.

Es así que la *noticia* reviste carácter y valor *indiciario*, para:

- ✓ re-ver aquella realidad
- ✓ (de)mostrar su existencia
- ✓ re-articular otros posibles aspectos no considerados
- ✓ descubrir rastros más o menos visibles y enunciables acá y allá
- ✓ percibir detalles reveladores
- ✓ identificar síntomas sociales y culturales
- ✓ conjeturar acerca (del sentido) de la realidad, el significado y la orientación del proceso de producción discursiva.

Y ver, pensar, saber y hacer esto implica la ejercitación de ciertos y determinados *hábitos*, cuya formación está conectada con la atención y las sensaciones que dan lugar a las acciones (*Algunas consecuencias de cuatro incapacidades*). Pensamos y actuamos habitualmente, de una u otra manera, y la función y el efecto del pensamiento y los procesos semióticos y comunicativos es producir hábitos, o sea el asentamiento de una regla de acción: “una ley general de la acción, tal que, en un cierto tipo general de acción, un hombre estará más o menos inclinado a actuar de un cierto modo general”; “un principio general que actúa en la naturaleza de un hombre para determinar cómo actuar” (*Por qué estudiar lógica*). Resulta relevante analizar qué hábitos y cómo se forman, como interpretantes lógicos y finales de la cadena de signos, en las distintas parcelas del retículo semiótico en las que participamos y/o analizamos, y los que conforman la propia andadura de análisis. Dado que “Lo que el hábito es depende de ‘cuándo’ y ‘cómo’ nos mueve a actuar. Por lo que respecta al ‘cuándo’, todo estímulo a la acción se deriva de la percepción; por lo que respecta al ‘cómo’, todo propósito de la acción es el de producir un cierto resultado sensible”; y “Nuestra idea de algo es nuestra

idea de sus efectos sensibles” (*Cómo esclarecer nuestras ideas*), se da una relación directa (otra re-articulación de la máxima pragmática) entre el iconismo, lo indiciario y lo abductivo, a partir de la capacidad de imaginar (algo posible), diagramar, metaforizar, concebir y re-elaborar ideas, experimentar, conjeturar, re-abrir mundos³¹.

3.3 Entramados dialógicos

“La naturaleza del signo es como la de la memoria, que recibe las transmisiones de la memoria pasada y transfiere parte de ella hacia la memoria futura”.

(Peirce <1902> MS 599, en Nöth 1998: 140).

Para los estudios sociales y culturales reviste gran interés la *acción de los signos* a lo largo del *Gran Diálogo-Tiempo* (Bajtin 1985):

“No existe ni la primera ni la última palabra, y no existen fronteras para un contexto dialógico (asciende a un pasado infinito y tiende a un futuro igualmente infinito). Incluso los sentidos pasados, es decir generados en el diálogo de los siglos anteriores, nunca pueden ser estables (concluidos de una vez para siempre, terminados); siempre van a cambiar renovándose en el proceso del desarrollo posterior del diálogo <...>. No existe nada muerto de una manera absoluta: cada sentido tendrá su fiesta de resurrección”. (Bajtin, “Hacia una metodología en Ciencias Sociales”).

Entre las cuestiones que siempre dan que pensar y hacer cuenta el trabajo incesante de la rueca y el telar del sentido, que supone el pasado como condición de posibilidad, la re-actualización y re-creación incesante en el presente, hacia el futuro como horizonte de expectativa y deseabilidad; la relación siempre por dilucidar *semiosis/memoria*, cualquiera sea el laboratorio de observación –experimentación (García 2004). La índole propia de la memoria es semiótica, su con-formación y re-generación es posible por la semiosis, y ésta se des y re-encadena por la memoria.

“Los símbolos crecen. Llegan a ser por desarrollo a partir de otros signos <...>. Pensamos sólo por signos <...> Cuando un hombre hace un nuevo símbolo lo hace mediante pensamientos que involucran conceptos. Por lo tanto, un nuevo símbolo puede surgir de símbolos <...> Un símbolo, una vez surgido, se difunde entre las gentes. Su significación crece con el uso y la experiencia”. (Peirce, *Algunas categorías de la razón sintética*).

La *remisión* triádica permanente de signos a otros signos tiene su condición de posibilidad en la *memoria del signo*, una memoria que se constituye y funciona por los

signos. O como dice Eco a propósito del imposible arte del olvido, sólo es posible desarrollar, multiplicar y expandir la semiosis (cit. en Rossi 2003: 193). Tanto el constructo semiótico analizado cuanto el proceso de re-construcción llevado a cabo durante la investigación y la escritura re-actualizan los procesos relacionales triádicos de identificación y de atribución de determinados representámenes a determinados objetos, y la definición de esos objetos de esa manera y por esos medios; y de identificación y de atribución de unos interpretantes dados correspondientes a dichos representámenes y objetos. Esto es el juego complejo, abierto, inconcluso, diverso, más o menos in-determinando y cambiante a lo largo de la historia, y en las distintas semiosferas, entre repertorios de signos, dominios de objetos y sistemas de interpretantes, en el que consiste la vida de los signos y de la memoria.

Magariños de Morentin (1996) considera la Semiótica como “un proceso cognitivo riguroso y eficaz” para estudiar los procesos y las prácticas de *semiotización* en cualesquiera de las esferas que se constituyan en campos de los Estudios Sociales (p. 7)³². La Semiótica permite estudiar el proceso de (re)creación de los fenómenos sociales, en tanto “interviene y es eficaz para reconstruir el proceso de atribución de significado que dio existencia social a un fenómeno”, así como para “proponer la construcción del significado que, caso de ser aceptado, dará a determinado fenómeno la existencia social deseada por el productor del discurso” (pp. 11-12). De modo que la semiótica como práctica científica y profesional ofrece elementos de análisis y producción (intervención en el universo social correspondiente) de los procesos y prácticas semióticos, incluida la propia práctica semiótica (disciplinar), porque hace posible explicar: “*cómo, en determinado momento de determinada comunidad, se construyen los conceptos posibles en ese momento de esa comunidad (y cuáles sean éstos)*”, “*cómo, en determinado momento de determinada comunidad, adquiere significado determinado fenómeno (y cuál sea este significado)*, y “*cómo cambia, en determinada sociedad, la vigencia de determinados significados (y cuál sea ese cambio)*”, a la vez que permite dar cuenta “*de las múltiples interpretaciones sociales aplicables a cualquier fenómeno*”, el cual es ya social e histórico (pp. 12-13, cursivas del autor), así como la existencia de conflictos de interpretaciones, las transformaciones que experimentan éstas a lo largo de la vida de un fenómeno dado, y la (posible) superación de los conflictos y de las interpretaciones vigentes o que históricamente se consideraban adecuadas.

Esto supone “mantener actualizada la *memoria semiótica* acerca de las operaciones y relaciones eficazmente productivas que van quedando integradas en otras operaciones y relaciones más complejas, conforme progresa el análisis” (disciplinar) (p. 28) y todas las prácticas histórico-sociales correspondientes a las distintas semiosferas. Más precisamente, concluye Magariños, a partir de una re-articulación dialéctica (de la)-semiótica:

“el tema fundamental y crítico de la Teoría Semiótica está constituido por la recuperación de la memoria semiótica; es decir, por la recuperación de las relaciones de contradicción que subyacen en los enunciados vigentes en determinada sociedad y por la detección, en esos mismos actuales enunciados, de las relaciones de contradicción que conducirán a posteriores superaciones, o sea, al establecimiento de nuevas significaciones que habrán de ser atribuidas a un determinado fenómeno en estudio” (p. 55).

El mismo autor observa más adelante:

“El estudio de las semiosis disponibles en cada sociedad y en cada momento de la historia de cada sociedad muestra su diversidad, tanto en cuanto instrumentos productores de significación, como en cuanto objetos (provisionalmente) significados <...>. Porque la significación es, sincrónicamente, múltiple, la estructura social es compleja, competitiva e, incluso, contradictoria. Pero, también, porque la significación es, diacrónicamente, múltiple, la estructura social tiene historia, en cuanto proceso de superación de tales contradicciones” (p. 244).

Y, pensamos nosotros, en esta vida histórico-social de los signos, lo que equivale a decir en la memoria semiótica y en la semiosis de la memoria, están contenidas todas las chances de los cambios esperados, las transformaciones deseadas. Y las posibilidades y vías del pensamiento y el conocimiento, puesto que todo signo-pensamiento se dirige a otro y todo aquello sobre lo cual pensamos tiene un pasado y será interpretado en el futuro: “todas las facultades cognoscitivas que conocemos son relativas y, en consecuencia, sus productos son relaciones. Pero la cognición de una relación es determinada por cogniciones anteriores” (*Cuestiones relativas a ciertas facultades atribuidas al hombre <1868>*)³³. La memoria dramatiza un papel protagónico en la “eterna transformación” del sentido (Bajtín 1985), y la semiosis cultural sigue “las *leyes de la memoria*, bajo las cuales lo que pasó no es aniquilado ni pasa a la inexistencia sino que, sufriendo una selección y una compleja codificación pasa a ser conservado, para, en determinadas condiciones, de nuevo manifestarse” (Lotman 1998, “La memoria de la

cultura”, cursiva del autor); aunque es posible hablar de “atraso” cuando no están disponibles ni se usan los nuevos inventos técnicos y los nuevos conocimientos.³⁴

4. Lazos, caminos y crecimiento

“<...> la cognición es la conciencia de un signo, y es una triple conciencia: del signo, del objeto real conocido y del significado o interpretación del signo que la cognición conecta con ese objeto”
(Peirce, Pragmatismo hecho fácil)

La investigación/semiótica hurga críticamente, con mucha dedicación y demoradamente en los complejos e interminables entramados de relaciones que re-generan el sentido en cualesquiera de las semiosferas. También revisa política y responsablemente, con firmeza y cuidadosamente las intrincadas tramoyas en que se dirime el sentido. Estas telarañas se tejen y destejen, se re-cortan, trocean y remiendan, se renuevan en el gran obraje del diálogo y la memoria; y su estudio demanda tanto trabajo como concebirlas, imaginarlas, desearlas y re-hacerlas. Un oficio que requiere algunas cualidades que se pueden aprender merodeando el taller del maestro, donde pasó gran parte de su vida dedicado a su *work in progress*, ejercitando su ‘mente de inventor’, realizando las investigaciones que “Son la obra de mi vida, eso para lo que parece que he sido puesto en el mundo”, con una “aplicación incesante” y una inclinación “demasiado fuerte”, una pre-ocupación que “Me ha mantenido pobre; pero mi experiencia es que sólo hay una pequeña proporción de la humanidad que es capaz de hacer del ganar o incrementar el dinero su motivo conductor. En todo caso, estoy seguro de que yo no soy de esa clase”; un lugar donde fue acumulando, revisando, re-ordenando, cajas “llenas de Manuscritos sin publicar”, re-escribiendo varias veces los borradores de un artículo, libro o memoria³⁵. Tiempo prolongado, paciencia, esmero, esfuerzo, que puede ser doloroso, ejercicio continuo y disciplinado, pasión, “No es exagerar el decir que, inmediatamente detrás de la pasión de aprender, no hay cualidad tan indispensable para el avance exitoso de la ciencia que la imaginación” (Peirce, *Lecciones de la historia de la ciencia*), convicción, honestidad y ética, debida preparación, buena predisposición para los in-esperados embates y combates, actitud favorable ante los aciertos, errores y fracasos, y ante la conveniencia y oportunidad de corregir el rumbo... sentir la necesidad y las ganas y correr el riesgo de *pensar*. Puesto que el hombre no tiene la fortuna de disponer de un gran repertorio de instintos para afrontar todas las ocasiones que se presentan,

“encontrándose lanzado así a la aventurada tarea de razonar, ahí donde los más naufragan, y los menos encuentran, no una felicidad a la antigua usanza, sino su espléndido sustitutivo, el éxito. Cuando el objetivo de uno se encuentra en la línea de la novedad, de la invención, de la generalización, de la teoría -en una palabra, de la mejora de la situación- a cuyo lado la felicidad aparece como un roído harapo, el instinto y la experiencia dejan claramente de ser aplicables”. (Peirce, Por qué estudiar lógica).

Más que como ‘profesor’, dedicado a ‘enseñar’, Peirce se define como alguien que *aprende* y siempre está corrigiendo sus propias doctrinas (y sabe que es criticado por ello). Posiciones, creencias y actitudes consecuentes con algunos de los principios formulados y sostenidos en su obra respecto de la razón, el razonamiento, el conocimiento, la investigación. La propiedad de la investigación (y del razonamiento) es tal que realizada completamente supone “la potencia vital de la auto-corrección y del crecimiento”:

“Sobre esta primera, y en cierto modo única, regla de la razón, de que para aprender deben desear aprender y en ese desear no estar satisfechos con lo que ya se inclinan a pensar, se sigue un corolario que en sí mismo merece ser inscrito sobre cada muro de la ciudad de la filosofía,

No bloqueen el camino de la investigación.” (La primera regla de la lógica <1898>).

Peirce pensaba que la universidad debiera ser un lugar de ‘aprendizaje’, en el que se requiere el deseo de aprender, de saber... también puede ser un espacio propicio para alentar y encauzar óptimamente la pasión “teórica” y el placer de “estudiar”, de conocer, si es cierto que “aprender agrada mucho no sólo a los filósofos, sino también a los demás hombres” (Aristóteles, *Poética*).

Por eso la “única ofensa imperdonable en el razonamiento” es “establecer una filosofía que cierre con barricadas la carretera de un avance posterior hacia la verdad” (una filosofía, una teoría, una metodología, una disciplina, un paradigma, una “escuela”, curricula de formación universitaria...). Peirce llama la atención (en esta cuarta de las Conferencias de Cambridge; y lo mismo en *La primera regla de la razón* <c.1899>) sobre cuatro “formas familiares en las que este error venenoso ataca nuestro conocimiento”:

- a. la “afirmación absoluta”, puesto que “en ciencia no podemos estar seguros de nada”;

- b. “mantener que esto, eso y aquello nunca pueden ser conocidos”;
- c. “mantener que este, ese o aquel elemento de la ciencia es básico, fundamental, independiente de algo más, y completamente inexplicable, -no tanto por algún defecto en nuestro conocimiento como porque no hay nada debajo por conocer”;
- d. “sostener que esta o esa ley o verdad ha encontrado su formulación última y perfecta, —y especialmente, que el curso habitual y acostumbrado de la naturaleza no puede romperse”.

Con lo cual se enuncian y afirman algunas de las “Cuestiones relativas a ciertas facultades atribuidas al hombre” <1868> y “Algunas consecuencias de cuatro incapacidades” <1868>; el falibilismo, la continuidad (y el azar), el crecimiento; el anti-fundacionalismo...

Referencias bibliográficas

- ANDACHT, F. 1996. “El lugar de la imaginación en la semiótica de Peirce”, *Anuario Filosófico*, 29, 1265-1289.
- ANDACHT, F. 2001. *Un camino indisciplinario hacia la comunicación: medios masivos y semiótica*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano.
- ANDACHT, F. 2003. *El reality show. Una perspectiva analítica de la televisión*. Buenos Aires: Norma.
- APEL, K.-O. 1985. *La transformación de la filosofía*, 2 vols.. Madrid: Taurus.
- APEL, K.-O. 1994. *Semiótica filosófica*. Buenos Aires: Almagesto.
- APEL, K.-O. 1997. *El camino del pensamiento de Charles S. Peirce*. Madrid: Visor.
- ARISTÓTELES 1979. *Poética*. Madrid: Aguilar.
- BAJTIN, M. 1985. *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- BAJTIN, M. 1997. *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos*. Barcelona: Anthropos.
- BAJTIN, M. 2000. *Yo también soy (Fragmentos sobre el otro)*. México: Taurus.
- BARTHES, R. 1986a. *Motologías*. México: Siglo XXI.
- BARTHES, R. 1986b. *El placer del texto y Lección inaugural*. México: S. XXI.
- BENJAMIN, W. 1989. *Discursos interrumpidos I*. Buenos Aires: Taurus.

BENJAMIN, W. 1985. *La dialéctica en suspenso*, P. Oyarzún Robles (trad., introd. y notas). S. de Chile: Univ. ARCIS y LOM Eds.

BORGES, J. L. 1987. *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé.

BOURDIEU, P. et al. 1976. *El oficio de sociólogo*. Madrid: Siglo XXI.

CAMBLONG, A. 2003. *Macedonio. Retórica y política de los discursos paradójicos*. Buenos Aires: EUDEBA.

CASTORIADIS, C. 1993. *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.

DELADALLE, G. 1996. *Leer a Peirce, hoy*. Barcelona: Gedisa.

DERRIDA, J. 1992. *El otro cabo*. Barcelona: Eds. del Serbal.

DESIGNIS 4. 2003. *Iconismo. El sentido de las imágenes*. Barcelona: FELS-Gedisa.

DUSSEL, E. (Comp.) 1994. *Debate en torno a la ética del discurso de Apel*. México: Siglo XXI.

ECO, U. 1999. *Kant y el ornitorrinco*. Barcelona: Lumen.

ECO, U. 1995. *Semiótica y filosofía del lenguaje*. Barcelona: Lumen.

ECO, U. 1994. *Signo*. Barcelona: Labor.

ECO, U. 1985. *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen.

ECO, U. 1973. "La vida social como un sistema de signos", AAVV, *Introducción al estructuralismo*. Madrid: Alianza.

ECO, U. y SEBEOK, T. (Edic.) 1989. *El signo de los tres*. Barcelona. Lumen.

FOUCAULT, M. 1995. *El yo minimalista y otras conversaciones*, G. Kaminsky (selec.). Buenos Aires: La Marca.

GARCIA, M. 2010. "Diarios y conflictos. Montaje esceno-gráfico del MERCOSUR". *Diálogos de la Comunicación* -Medios y conflictos en Iberoamérica. Más allá de los enfoques políticos N° 81, abril-junio. Lima: FELAFACS. <http://www.dialogosfelafacs.net/revista/>

GARCIA, M. 2004. *Narración. Semiosis/Memoria*. Posadas: Editorial Universitaria.

GARCIA, M. 1999. *La narración de la historia nacional en el texto escolar de Argentina*. Tesis doctoral. Madrid (UCM).

GARGANI, A. 1994. "La fricción del pensamiento", en G. Vattimo (Comp.), *La secularización de la filosofía*. Barcelona: Gedisa.

GINZBURG, C. 1994. *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. Barcelona. Gedisa.

GRÜNER, E. 1998. "El retorno de la teoría crítica de la cultura: una introducción alegórica a Jameson y Zizek", F. Jameson y S. Zizek, *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Buenos Aires: Paidós.

HABERMAS, J. 2002. *Acción comunicativa y razón sin trascendencia*. Buenos Aires: Paidós.

HABERMAS, J. 1996. *Textos y contextos*. Barcelona: Ariel.

JAMES, W. 2009. *Un universo pluralista. Filosofía de la experiencia*. Buenos Aires: Cactus.

JAMES, W. 1999. *Pragmatismo*. Barcelona: Folio.

KRISTEVA, J. 1981. *Semiótica*, 2 vols. Madrid: Fundamentos.

MAGARIÑOS DE MORENTIN, J. 1996. *Los fundamentos lógicos de la semiótica y su práctica*. Buenos Aires: Edicial.

MARRAMAIO, G. 1994. "Los 'ídola' de lo posmoderno", en G. Vattimo (Comp.), *La secularización de la filosofía*. Barcelona: Gedisa.

MEYER, M. 1987. *Lógica, lenguaje y argumentación*. Buenos Aires: Hachete.

NARVAJA DE ARNOUX, E. 2006. *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires: Santiago Arcos.

NIETZSCHE, F. *Aurora*. 1994. Madrid: M.E. Edts.

NIETZSCHE, F. 1993. *Humano, demasiado humano*. Madrid: M.E. Edts.

NÖTH, W. 1998. *Panorama da semiótica. De Platão a Peirce*. São Paulo: AnnaBlume.

PAOLI, A. 1984. *La lingüística en Gramsci. Teoría de la comunicación política*. México: Premia.

PEIRCE, Ch. S. 1970. *Deducción, inducción e hipótesis*, J. Martín Ruiz Werner (trad., intr. y notas). Buenos Aires: Aguilar.

PEIRCE, Ch. S. 1978. *Lecciones sobre el pragmatismo*, D. Negro Pavón (trad., intr. y notas). Buenos Aires: Aguilar.

PEIRCE, Ch. S. 1986. *La ciencia de la semiótica*, A. Sercovich (trad., selec., pres. y notas). Buenos Aires: Nueva Visión.

PEIRCE, Ch. S. 1988a. *El hombre, un signo*, J. Vericat (trad., intr. y notas). Madrid: Alianza.

PEIRCE, Ch. S. 1988b. *Escritos lógicos*, P. Castrillo Criado (trad., selec., intr. y notas). Madrid: Alianza.

PEIRCE, Ch. S. 1989. *Obra lógico-semiótica*, A. Sercovich (edic.), R. Alcalde y M. Preloker (trads.). Madrid: Taurus.

PEIRCE, Ch. S. 1996. *Un argumento olvidado en favor de la realidad de Dios*, en Deladalle, Op. Cit.

PEIRCE, Ch. S. “Pragmatismo hecho fácil”, “Pragmatismo”, “Ideas, extraviadas o robadas, sobre la escritura científica”, “Falibilismo, continuidad y evolución”, “Una conjetura para el acertijo”, “Designio y azar”, “Un esbozo de crítica lógica”, “La lógica considerada como semiótica”, “Religión y política”, “La doctrina de las posibilidades”, “La naturaleza de la ciencia”, “Formas de vida”, “La primera regla de la lógica”, “La primera regla de la razón”. *Grupo de estudios peirceanos*, J. Nubiola (Dir.): <http://www.unav.es/gep/>

PEIRCE, Ch. S. 1997. “Lecciones de la historia de la ciencia”, *Charles S. Peirce. Escritos filosóficos*, F. Vevia (tr., intr. y notas). México: El Colegio de Michoacán. <http://www.unav.es/gep/>

PEREZ CARREÑO, F. 1988. *Los placeres del parecido. Icono y representación*. Madrid: Visor.

POE, E. A. 1996. *Obras completas*. Buenos Aires: Claridad.

PUTNAM, H. 1999. *El pragmatismo. Un debate abierto*. Barcelona: Gedisa.

RICOEUR, P. 1983. *Texto, testimonio y narración*. S. de Chile: A. Bello.

RORTY, R. 1995. *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

RORTY, R. 1996. *Consecuencias del pragmatismo*. Madrid: Tecnos.

RORTY, R. 1997. *Esperanza o conocimiento*. Buenos Aires: FCE.

ROSSI, P. 2003. *El pasado, la memoria, el olvido*. Buenos Aires: Nueva Visión.

SEBEOK, T. y UNIKER-SEBEOK, J. 1987. *Sherlock Holmes C. S. Peirce. El método de la investigación*. Barcelona: Paidós.

SINI, C. 1985. *Semiótica y filosofía*. Buenos Aires: Hachete.

VATTIMO, G. 1991. *Ética de la interpretación*. Barcelona: Paidós.

VATTIMO, G. 1995. *El fin de la modernidad*. Barcelona: Gedisa.

VERÓN, E. 1987. *Semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad social*. México: Gedisa.

WITTGENSTEIN, L. 1984. *Tractatus lógico-philosophicus*. Madrid: Alianza.
1991. *Sobre la certeza*, G. Anscombe y G. von Wright (comp.). Barcelona: Gedisa.

¹ Prof. en Letras, Dr. en Ciencias de la Información. Docente e investigador, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Misiones (Argentina).

Dpto. de Comunicación Social: Prof. Titular de Semiótica, de Análisis del Discurso y de Taller de Tesis (Lic. en Comunicación Social).

Programa de Semiótica: Coordinador del Área de Discursos Mediáticos, miembro del Comité Académico y docente de la Maestría en Semiótica Discursiva; Director del proyecto de investigación "Metamorfosis del contar. Semiosis/Memoria".

Profesor estable del Doctorado en Ciencias Humanas y Sociales.

Miembro Comisión Directiva Asociación Argentina de Semiótica. Miembro Consejo Editorial *Revista Argentina de Comunicación*.

Libros: *Narración. Semiosis/Memoria* (2004); *Comunicación/Educación. Teoría y práctica* (2006). Posadas: Editorial Universitaria.

² Vid. el comentario de Vattimo (1995: 108) respecto de la enseñanza de Gadamer acerca de la experiencia estética "como verdadera experiencia, que transforma a quien la tiene"; y de la noción hegeliana de *Erfahrung*, en la que resuena la idea de *fahren*, "viaje como experiencia que transforma". Un hilo que se re-anuda con Benjamín (1995, 1989), acerca de esa suerte de "vértigo alterador" que produce la experiencia (que nos cambia), su carácter de *shock*, que nos remite a la experiencia estética (en relación con el recuerdo y el despertar). También Foucault, sobre la experiencia de indagar y escribir: "Escribo precisamente porque no sé todavía qué pensar sobre un tema que atrae mi atención. Al plantearlo así, el libro me transforma, cambia mis puntos de vista"; "Cuando escribo, lo hago, por sobre todas las cosas, para cambiarme a mí mismo y no pensar lo mismo que antes". Foucault reconoce que de autores como Nietzsche, Bataille y Blanchot aprendió la lección fundamental de de-subjetivación, la idea de una experiencia límite que desgarrar al sujeto de sí mismo, lo hace "otro". Lo que intenta, declara, es experimentar por sí mismo, experimentar lo que somos actualmente, no sólo lo que fuimos, e invita a otros a compartir esa experiencia: "una experiencia de nuestra modernidad que nos podría permitir emerger de ella transformados". Leer un libro-experiencia y como una experiencia conlleva la posibilidad de que nos cambie, a nosotros mismos y nuestra relación con el tema, con las cosas y con los demás. Un procedimiento central en el trabajo de Foucault, según él mismo: la investigación usa documentos, pero no sólo para proporcionar evidencia, sino además una experiencia que posibilitaría la transformación de la relación que tenemos con nosotros mismos y con nuestro universo cultural (nuestro saber). Su interés, a partir de la experiencia, es "allanar el camino para una transformación, una metamorfosis, que no es sólo individual, sino que es de carácter accesible a los demás"; o sea, debe ser relacionada con una práctica colectiva y una manera de pensar ("Cómo nace un libro-experiencia", entrevista a Foucault por D. Trombadori en 1981, en Kaminsky, selec. 1996).

³ Hacer una propuesta para Dussel implica "ponerse como Otro ante los que siguen sosteniendo lo válido hasta ese momento" ("La razón del otro. La interpelación como acto de habla", en Dussel, comp. 1994).

⁴ M. Meyer (1987) formula la siguiente ley general: dado que la unidad fundamental del lenguaje es el par pregunta-respuesta, el uso del lenguaje está siempre situado en función suya (p. 152). La pregunta a la cual remite la respuesta (problematológicamente) difiere de aquella que resuelve (apocríticamente). La respuesta define dos preguntas al menos, y es de ese modo que se funda la posibilidad dialógica del lenguaje al mismo tiempo que la autonomización de las respuestas en relación a las preguntas que las han hecho nacer (p. 155). El sentido no es ni la respuesta ni la pregunta, sino su vínculo (p. 163). Todo discurso es fuente de diálogo, por su naturaleza problematológica (p. 166). De ahí la importancia de las estrategias dialécticas (retóricas y dialógicas).

⁵ Peirce (*Un esbozo de crítica lógica*), donde entiende por Razonamiento "cualquier cambio en el pensamiento que resulte en una petición de alguna clase y cantidad de asentimiento a la verdad de una proposición llamada la 'Conclusión' del razonamiento, que se considera 'Razonable' por una cognición

ya existente (normalmente compleja) cuya formulación proposicional será denominada la ‘Premisa copulativa’”.

⁶ Vid. Ricoeur (1983), Bajtin (1997).

⁷ La comunidad, cristalización de lo colectivo, y lo virtualmente concebible constituyen la realidad como lo público, y, por tanto, la verdad. Así, la Semiótica sería una “lógica de la configuración de las significaciones, de la vida de los signos, en tanto no sólo expresivos sino constitutivos de la realidad concebida comunitariamente” (Vericat, Introducción a Peirce 1888a). En esta línea Apel reconstruye críticamente la historia de la filosofía e interpreta el giro de la crítica del conocimiento *qua* análisis del lenguaje (1985 –I, p. 56, 1985 –II, pp. 292, 337-338, 1994, cap. 2). La idea de una comunidad ilimitada de interpretación presupuesta por quien argumenta como instancia de control, y que se realiza asimismo teórica y prácticamente *in the long run*, funciona como principio regulativo (1985 –II: 204 -ss). Respecto del “concepto epistémico de progreso del conocimiento”, “que se orienta hacia la verdad”, Habermas (2002: 28-29), en cierta cercanía y tensión con Apel, explica que Peirce: “Define el sentido de la verdad como una anticipación de aquel consenso al que, en condiciones ideales de conocimiento, todos los participantes en el proceso autocorrectivo de investigación deberían llegar. La ‘comunidad de investigadores’ idealmente ilimitada constituye el foro para el ‘tribunal supremo’ de la razón”. “El reflejo epistémico de la incondicionalidad <de las pretensiones de validez de los enunciados> es la revalorización ideal del público crítico en una instancia ‘última’”; la comunidad de investigadores ilimitada “en el tiempo histórico y en el espacio social” “impulsa permanentemente el proceso inclusivo de investigación hasta el valor límite de la ‘opinión final’” (p. 45). “El proceso de argumentación como tal debe permanecer abierto a toda las objeciones relevantes y a todas las correcciones y mejoras de las circunstancias epistémicos. Este tipo de práctica argumentativa máximamente inclusiva e ininterrumpida es tributaria de la idea de una progresiva superación de los límites de las actuales formas de entendimiento, tanto en lo que se refiere a los espacios sociales, los tiempos históricos y las competencias materiales. De esta forma se amplía el potencial de refutación en el que se acreditan las pretensiones de validez racionalmente aceptadas” (p. 47). Vid. Habermas (1994, 1996), Apel (1995, 1997); Dussel, comp. (1994). Cfr. Vattimo (1991), Rorty (1996).

⁸ Putnam a-nota: “Peirce, James Dewey habrían afirmado que debemos confiar en la investigación conducida en forma democrática; no porque sea infalible, sino porque el camino a lo largo del cual descubriremos dónde y cómo deberemos modificar nuestros procedimientos, es el que pasa a través de la investigación misma” (p. 107). “A la objeción de que no consideramos *todos* los puntos de vista cuando está en discusión una hipótesis científica _las opiniones de los expertos son las que cuentan_, la opinión de Dewey (en su *Lógica*) es que, por más que esto sea verdad, *existe* una etapa en la cual la opinión del profano debe contar. La aplicación de la ciencia es, también, una prueba de las hipótesis aplicadas, y es necesario que esta prueba sea sometida a un control democrático. (¡Si lo dudan, piensen en lo que sucede cuando los medicamentos y el instrumental médico son controlados únicamente por las empresas que los fabrican!)” (p. 117, cursivas del autor).

⁹ Vid. Putnam (1999), sobre la defensa de Dewey de “la legitimidad de una noción *normativa* de la ciencia” (p. 105). Rorty (1997) considera que “Decir que uno debe reemplazar el conocimiento por la esperanza es decir, más o menos, la misma cosa: <...> comenzar a preocuparse por si se ha sido lo suficientemente imaginativo como para pensar alternativas interesantes a las propias creencias actuales” (p. 27); y que la pre-ocupación pragmática gira en torno de “la tarea de hacer un futuro mejor: una sociedad utópica, democrática” (p. 76). El pragmatista sostiene el ideal de hermandad como “la culminación de un proceso de ajuste que es también un proceso de renovación de la especie humana; en este sentido, piensa en el progreso moral como un aumento de la sensibilidad, de “la capacidad para responder a las necesidades de una variedad más y más extensa de personas y de cosas” (p. 91); y en el progreso intelectual y moral como “un incremento del poder de la imaginación”, entre otras cosas para buscar otras maneras de hablar, de entablar otra *conversación*, que describa el mundo en otros términos, que ofrezca nuevas imágenes del universo (pp. 100-01).

Peirce piensa que debiera guiarnos el “ideal” de la comunidad que la compele a hacer “más razonable” (mejor, feliz) la vida de todos y cada uno, en un mundo aún inacabado y cuya re-creación incesante es nuestra responsabilidad. Dado que el pensamiento se aplica exclusivamente a la acción, concebida, “consiste en el metabolismo inferencial viviente de los símbolos, cuya intención reside en las resoluciones generales condicionales para actuar”: “es la reiteración indefinida del autocontrol sobre el autocontrol lo que engendra el ‘vir’, generando por la acción, a través del pensamiento, un ideal estético, un meramente

en provecho de su propia y pobre mollera, sino como la participación que Dios le permite tener en la obra de la creación. Este ideal, al modificar las reglas del autocontrol, modifica la acción, y con ello también la experiencia, tanto la propia como la de otro, con lo que este movimiento centrífugo redundará en un nuevo movimiento centrípeto, y así sucesivamente” (Peirce, *Cómo esclarecer nuestras ideas*). En *Las obras de Berkeley*, Peirce (1989) dice: “La cuestión de si el *genus homo* tiene alguna existencia excepto como individuos es la cuestión de si hay algo de mayor dignidad, valor e importancia que la felicidad individual. El problema de si los hombres tienen realmente algo en común, de manera que la comunidad deba considerarse como un fin en sí mismo, y, si es así, cuál es el valor relativo de los dos factores, es la cuestión práctica más fundamental en relación con toda institución pública, en cuya constitución tenemos la capacidad de influir”. Peirce es taxativo respecto a algunas condiciones que debe reunir el lógico – científico: por un lado, nuestros intereses “No deben pararse en nuestro propio destino, sino que deben abarcar a la comunidad entera. Esta comunidad, de nuevo, no debe ser limitada, sino que debe extenderse a todas las razas de seres con los que podemos entrar en una inmediata o mediata relación intelectual. Debe alcanzar, por muy impreciso que sea, más allá de esta era geológica, más allá de todas las fronteras. El que no sacrifique su propia alma para salvar el mundo entero es, así me parece, ilógico en todas sus inferencias, colectivamente. La lógica está enraizada en el principio social. Para ser lógicos los hombres no deberían ser egoístas <...>” (*La doctrina de las posibilidades* <1878>); y por el otro, “Un científico debe ser alguien concentrado en un solo propósito y sincero consigo mismo. De otra manera, su amor a la verdad se disiparía de una vez. Por consiguiente, difícilmente puede ser otra cosa que un hombre honesto y honrado. <...> es completamente natural que un joven que quiera llegar a ser científico tenga que ser una persona de buena conducta” (*Lecciones de la historia de la ciencia* <c. 1896>).

A lo largo de una vida dedicada al estudio de la lógica y los signos, Peirce reorienta la lógica como Semiótica/Crítica (*Un esbozo de lógica crítica, La lógica considerada como semiótica, La lógica regenerada, La crítica de argumentos*).

¹⁰ La morfología del edificio de Peirce (1978) comprende tres ciencias normativas: la lógica o “doctrina de lo que debemos pensar, tiene que ser una aplicación de la doctrina de lo que deliberadamente resolvemos hacer, la cual es la ética”; “Pero no podemos descubrir ninguna clave del secreto de la Ética <...> hasta que no hayamos elaborado nuestra fórmula respecto a qué es lo que estamos dispuestos a admirar”, que compete a la estética, “evidentemente, la ciencia normativa básica”.

¹¹ Vid. Putnam (1999), sobre la defensa de Dewey de “la legitimidad de una noción *normativa* de la ciencia” (p. 105). Rorty (1997) considera que “Decir que uno debe reemplazar el conocimiento por la esperanza es decir, más o menos, la misma cosa: <...> comenzar a preocuparse por si se ha sido lo suficientemente imaginativo como para pensar alternativas interesantes a las propias creencias actuales” (p. 27); y que la pre-ocupación pragmática gira en torno de “la tarea de hacer un futuro mejor: una sociedad utópica, democrática” (p. 76). El pragmatista sostiene el ideal de hermandad como “la culminación de un proceso de ajuste que es también un proceso de renovación de la especie humana; en este sentido, piensa en el progreso moral como un aumento de la sensibilidad, de “la capacidad para responder a las necesidades de una variedad más y más extensa de personas y de cosas” (p. 91); y en el progreso intelectual y moral como “un incremento del poder de la imaginación”, entre otras cosas para buscar otras maneras de hablar, de entablar otra *conversación*, que re describa el mundo en otros términos, que ofrezca nuevas imágenes del universo (pp. 100-01).

Peirce piensa que debiera guiarnos el “ideal” de la comunidad que la compele a hacer “más razonable” (mejor, feliz) la vida de todos y cada uno, en un mundo aún inacabado y cuya re-creación incesante es nuestra responsabilidad. Dado que el pensamiento se aplica exclusivamente a la acción, concebida, “consiste en el metabolismo inferencial viviente de los símbolos, cuya intención reside en las resoluciones generales condicionales para actuar”: “es la reiteración indefinida del autocontrol sobre el autocontrol lo que engendra el ‘vir’, generando por la acción, a través del pensamiento, un ideal estético, no meramente en provecho de su propia y pobre mollera, sino como la participación que Dios le permite tener en la obra de la creación. Este ideal, al modificar las reglas del autocontrol, modifica la acción, y con ello también la experiencia, tanto la propia como la de otro, con lo que este movimiento centrífugo redundará en un nuevo movimiento centrípeto, y así sucesivamente” (Peirce, *Cómo esclarecer nuestras ideas*). En *Las obras de Berkeley*, Peirce (1989) dice: “La cuestión de si el *genus homo* tiene alguna existencia excepto como individuos es la cuestión de si hay algo de mayor dignidad, valor e importancia que la felicidad individual. El problema de si los hombres tienen realmente algo en común, de manera que la comunidad deba considerarse como un fin en sí mismo, y, si es así, cuál es el valor relativo de los dos factores, es la cuestión práctica más fundamental en relación con toda institución pública, en cuya constitución tenemos la capacidad de influir”. Peirce es taxativo respecto a algunas condiciones que debe reunir el lógico –

científico: por un lado, nuestros intereses “No deben pararse en nuestro propio destino, sino que deben abarcar a la comunidad entera. Esta comunidad, de nuevo, no debe ser limitada, sino que debe extenderse a todas las razas de seres con los que podemos entrar en una inmediata o mediata relación intelectual. Debe alcanzar, por muy impreciso que sea, más allá de esta era geológica, más allá de todas las fronteras. El que no sacrifique su propia alma para salvar el mundo entero es, así me parece, ilógico en todas sus inferencias, colectivamente. La lógica está enraizada en el principio social. Para ser lógicos los hombres no deberían ser egoístas <...>” (*La doctrina de las posibilidades* <1878>); y por el otro, “Un científico debe ser alguien concentrado en un solo propósito y sincero consigo mismo. De otra manera, su amor a la verdad se disiparía de una vez. Por consiguiente, difícilmente puede ser otra cosa que un hombre honesto y honrado. <...> es completamente natural que un joven que quiera llegar a ser científico tenga que ser una persona de buena conducta” (*Lecciones de la historia de la ciencia* <c. 1896>).

A lo largo de una vida dedicada al estudio de la lógica y los signos, Peirce reorienta la lógica como Semiótica/Crítica (*Un esbozo de lógica crítica, La lógica considerada como semiótica, La lógica regenerada, La crítica de argumentos*).

¹² Dice Peirce: “si la exactitud, la certeza y la universalidad no se pueden conseguir por el razonamiento, sin duda no hay otros medios por los cuales puedan ser alcanzados”. Peirce llama la atención sobre la afinidad natural entre la doctrina del falibilismo y el principio de la continuidad (el *sinejismo*, que junto con el *tijismo* y el *agapismo* forman otro triplete peirceano), “la idea del falibilismo objetivado”: “Pues falibilismo es la doctrina de que nuestro conocimiento nunca es absoluto, sino que siempre oscila como si estuviera en un *continuum* de incertidumbre e indeterminación. Ahora bien, la doctrina de la continuidad es que todas las cosas nadan, flotan, oscilan en continuos”; “Una vez que hayan ustedes abrazado el principio de la continuidad, ningún tipo de explicación les satisfará acerca de las cosas, excepto que ellas crecen” (*Falibilismo, continuidad y evolución*). En sus conferencias acerca de la filosofía de la experiencia y la concepción pragmática del universo pluralista (sinequista), en el Manchester College, en 1909, afirma James: “En el mismísimo medio de la continuidad nuestra experiencia llega como una alteración” (2009: 177). En una nota “Sobre la noción de la realidad como cambiante”, James (2009, apéndice c), a propósito de la novedad, hace referencia a los artículos de Peirce sobre tiquismo, sinequismo, agapismo (*Monist*, 1890-1893), que pone en relación con Bergson, que en su opinión “resultarán ser una mina de oro de ideas para los pensadores de la generación venidera” (p. 252).

¹³ Y por Semiótica Peirce entiende “la doctrina de la naturaleza esencial y de las variedades fundamentales de posibles semiosis” (*Pragmatismo*).

¹⁴ “<...> todo cambiará después de un tiempo por azar <tijismo>, y entre estas circunstancias cambiables estarán los efectos de los cambios en la probabilidad de cambio ulterior. Y de esto se sigue que el azar debe actuar moviendo las cosas a la larga, desde un estado de homogeneidad a un estado de heterogeneidad” (*Designio y azar*).

¹⁵ Para entablar un diálogo posible, necesario y enriquecedor. En su teoría de los géneros discursivos, Bajtin (1985, “El problema de los géneros discursivos”) establece la *conclusividad* específica, entendida como la posibilidad de ser concluido, como uno de los rasgos que caracterizan el enunciado. El primer y más importante criterio de la conclusividad es la “posibilidad de ser contestado”, la posibilidad de adoptar una postura de respuesta frente al mismo (contestar una pregunta, cumplir una orden); se trata de la totalidad de sentido que constituye un enunciado. Tres momentos o factores relacionados entre sí determinan el carácter de la totalidad conclusiva propia del enunciado: -el sentido de su objeto, agotado; -la intencionalidad o voluntad discursiva del hablante; -las formas típicas, genéricas y estructurales, de conclusión. Con respecto al primer momento, se realiza de muy diversas maneras en las distintas esferas comunicativas, que pueden ir desde un agotamiento casi completo del objeto (en las esferas oficiales, p. e., dominadas por la estandarización, el dogmatismo, y la tendencia al discurso monológico) hasta un mínimo de conclusividad (en las esferas de creación, y especialmente en el campo científico, donde el objeto es inagotable, y sólo adquiere un carácter relativamente concluido cuando es tematizado, con un propósito dado, a partir de un determinado enfoque). Aquí interviene la intención del sujeto del discurso, que determina también la elección del objeto, la forma, el estilo. En los distintos campos culturales (fuera del arte) toda conclusión, “final”, es condicional y superficial: un trabajo científico, p. e., no concluye nunca, donde termina una investigación comienza otra. En las distintas áreas de creación ideológica sólo es posible una conclusión composicional, nunca temática; en el campo del conocimiento sería hasta ilícita la pretensión de agotar el -sentido del- objeto; no así en el arte literario, donde es admisible la conclusión temático-composicional (Bajtin 1994: 208, 214). Constituye un problema de interés apreciar el tipo de

comprensión, más o menos “conclusiva”, de la realidad que (se) postula (en) un género en cada una de sus ejecuciones. También en Bajtín la *relación* es la matriz semiótica. Respecto de la comprensión (dialógica), dice: “Un texto vive únicamente si está en contacto con otro texto (contexto). Únicamente en el punto de este contacto es donde aparece una luz que ilumina hacia atrás y hacia delante, que inicia el texto dado en el diálogo”; y más adelante: “Una cosificación total y completa llevaría inevitablemente a la desaparición de la infinitud del sentido (de cualquier sentido) y de su carácter carente de fondo. El pensamiento que, semejante a un pececito dentro de un acuario, toca fondo y las paredes y no puede seguir más profundamente. Las ideas dogmáticas” (1985, “Hacia una metodología en ciencias sociales”, el último trabajo escrito por Bajtín, apuntes que parten de un esbozo de fines de 1930 o principios de 1940, reducidos en el mismo lugar.)

¹⁶ Para convocar algunas voces que re-suenan, la de Nietzsche en *Aurora*: “Aunque fuéramos lo bastante insensatos como para considerar verdaderas todas nuestras opiniones, sin embargo, no desearíamos que fueran las únicas. No veo la razón de que haya que desear la omnipotencia y la tiranía de la verdad; basta saber que la verdad posee una gran fuerza. Pero es preciso que pueda luchar, que tenga una oposición, y que, de cuando en cuando, podamos descansar de ella en lo que no es verdad”.

¹⁷ Barthes (1986b), en una lección sobre el método.

¹⁸ Peirce entiende que “la dirección del razonamiento es el propósito último del lógico”, y por “crítica lógica”, “la teoría de las clases y grados de confianza que pueden proporcionar las diferentes formas de razonamiento”, la clasificación y crítica de argumentos (*Un esbozo de crítica lógica, Lecciones sobre el Pragmatismo*). En sentido general, la lógica es “sólo otro nombre de la semiótica, la doctrina cuasi-necesaria, o formal, de los signos”. En el manuscrito sin título, Peirce aclara que con “formal” quiere decir la observación de los caracteres de los signos y a partir de la cual, por un proceso que llama ‘Abstracción’ (la facultad de “observación abstractiva”) se llega a “aseveraciones, en extremo falibles, y por ende en cierto sentido innecesarias, concernientes a lo que *deben* ser los caracteres de todos los signos usados por una inteligencia ‘científica’, es decir, por una inteligencia capaz de aprender a través de la experiencia”. Del hecho de que el signo (representamen) se inserte en relaciones triádicas (con el fundamento, el objeto, el interpretante), se sigue que la semiótica abarca tres ramas: -la gramática especulativa (“pura”), se ocupa de “determinar qué es lo que debe ser cierto del representamen usado por toda inteligencia científica para que pueda encarnar algún *significado*”; -la *lógica propiamente dicha*, la “ciencia de lo que es cuasi-necesariamente verdadero de los representámenes de cualquier inteligencia científica para que puedan ser válidos para algún objeto, esto es, para que puedan ser ciertos.”, se ocupa de las condiciones de verdad de las representaciones; -la retórica pura, se ocupa de “determinar las leyes mediante las cuales, en cualquier inteligencia científica, un signo da nacimiento a otro signo y, especialmente, un pensamiento da nacimiento a otro pensamiento” (*CP*, 2. 229, 1986, 1989). Peirce (1988a, *De una nueva lista de categorías*) muestra cómo la triple referencia de un signo a un fundamento, un objeto y un representamen, constituye la estructura conceptual fundamental de la lógica (ciencia universal), que integra un *trivium* compuesto por la gramática formal (estudia la referencia de los símbolos en general a sus fundamentos), la lógica (estudia las condiciones formales de la verdad de los símbolos) y la retórica formal (estudia “las condiciones formales de la fuerza de los símbolos, o de su capacidad de apelar a la mente”, la referencia a los interpretantes). En *La lógica regenerada*, Peirce (1988b) define lógica “como la ciencia de las leyes del establecimiento estable de creencias”, y “en su sentido más amplio” comprende: -la gramática especulativa estudia “aquellas propiedades de las creencias que les pertenecen” como tales; -la lógica considera “qué condiciones ha de satisfacer una afirmación para poder corresponder a la ‘realidad’, esto es para que la creencia que exprese pueda ser estable”; -la retórica especulativa estudia “aquellas condiciones generales bajo las cuales un problema se presenta para su solución y de aquellas bajo las que un problema lleva a otro”.

¹⁹ Ahí mismo aclara: “Cuando digo que el razonamiento inductivo <asunto del pasaje> consiste en el curso de una investigación experimental, el término ‘experimento’ no lo entiendo en el sentido estricto de una operación en virtud de la cual varía uno las condiciones de un fenómeno casi a su antojo”. Es una de las indicaciones del propio Peirce para evitar rápidas asociaciones directas con la estricta “lógica experimental” en investigación.

²⁰ Un ejemplo de experimento que da Peirce (en el mismo lugar) es el “problema del mapa de los colores”, para cuya resolución, “después de algunos preliminares, la actividad <del investigador> toma la forma de experimentación en el mundo interior, y la conclusión (si llega a una conclusión definida) es que

bajo condiciones dadas, el intérprete habrá formado el hábito de actuar de una forma dada, siempre que desee una clase dada de resultado. La conclusión real, lógica y viva es *ese* hábito”.

²¹ Tener presente la máxima pragmática (Peirce 1978): “*Considera qué efectos, que pueden tener concebiblemente repercusiones prácticas, concibes que tienen los efectos de tu concepción. Así, tu concepción de aquellos afectos es el todo de tu concepción del objeto*”. Lo mismo re enunciado en modo indicativo: “Toda la intención intelectual de un símbolo consiste en el total de todos los modos generales de conducta racional que, condicionados a todas las diferentes circunstancias y deseos posibles, se seguirán de la aceptación del símbolo” (<1877-1878>). A propósito de la abducción, dice Peirce que “toda creencia es creencia con vistas a la conducta. Nada tiene ningún significado aparte de los propósitos prácticos” (*La lógica considerada como semiótica*). El pragmatismo es un método de filosofía, “de reflexión cuya guía estriba en mantener constantemente a la vista su propósito y el propósito de las ideas que analiza, ya posean estos fines la naturaleza y usos de la acción o del pensamiento” (*Pragmatismo y pragmatismo* <1902>, nota, como Prefacio a *Lecciones sobre el pragmatismo*; vid. *Pragmatismo* <1907>). En su discurso como presidente de la American Psychological Association en 1904, dice James: “El método pragmático parte del postulado de que no hay diferencia de verdad que no haga una diferencia de hecho en alguna parte; y busca determinar el significado de todas las diferencias de opinión haciendo que la discusión gire tan pronto como sea posible sobre algún asunto práctico o particular” (2009: 229). En las conferencias en el Lowell Institute y la Columbia University (1906-1907), poco después que Peirce, “el mismo fundador del pragmatismo”, dictara las suyas, James (1999) expone que el *método pragmático* sirve, en primer lugar, para “apaciguar las disputas metafísicas que de otro modo serían interminables”: “en tales casos trata de interpretar cada noción, trazando sus respectivas consecuencias prácticas. ¿Qué diferencia de orden práctico supondría para cualquiera que fuera cierta tal noción en vez de su contraria? Si no puede trazarse cualquier diferencia práctica, entonces las alternativas significan prácticamente la misma cosa y toda disputa es vana. Cuando la discusión sea seria, debemos ser capaces de mostrar la diferencia práctica que implica el que tenga razón una u otra parte” (p. 46).

²² En el mismo lugar: “Tenemos que reducir, en la medida en que podamos, toda acción mental a la fórmula de un razonamiento válido sin ningún otro supuesto que el de que la mente razona”. El “hábito particular de la mente que gobierna esta o aquella inferencia puede formularse en una proposición cuya verdad depende de la validez de las inferencias que el hábito determina; y a esta fórmula se la llama un principio directriz de la inferencia”, “Lo que nos determina a extraer, a partir de premisas dadas, una inferencia más bien que otra es un cierto hábito de la mente, sea constitucional o adquirido” (1988a, *La fijación de la creencia*).

²³ La disposición deliberada a adoptar la “fórmula creída como guía para la acción”, de manera que la proposición creída no puede ser sino una máxima de conducta” (*Lecciones -I*). En el mismo capítulo V del libro sobre Lógica afirma Peirce: “En toda mente lógica debe haber, primero, ideas; segundo, reglas generales de acuerdo a las cuales una idea determina otra, o hábitos de la mente que conectan ideas; y tercero, procesos por los cuales se establezcan estas conexiones habituales. Una creencia es una conexión habitual de ideas”, la cual “Parece probable” que “pueda producir un efecto así <se refiere al ejemplo del ácido> sobre la voluntad”. La creencia tiene tres propiedades: es algo de lo que nos percatamos; mitiga la irritación de la duda; asienta un hábito; “las diferentes creencias se distinguen por los diferentes modos de acción a los que dan lugar” (*La fijación de la creencia*). Toda la función del pensamiento es producir hábitos de acción, entre ellos la creencia, “un hábito con el que está satisfecho deliberadamente el que cree. Esto implica que es consciente de él”, y puede ser adquirida, imaginando la situación (*La lógica considerada como semiótica*).

²⁴ Según Peirce (*La lógica considerada como semiótica*), “la duda provoca una reacción que no cesa hasta que la irritación desaparece”, pero “la duda no es la negación directa o contraria a la creencia”; su “carácter más importante” “es que tan pronto el que cree aprende que otro hombre bien informado e igualmente competente duda lo que él ha creído, él empieza a dudar por sí mismo”, si bien no es necesario ese encuentro real, porque se puede imaginar que otro duda y darse el mismo resultado. También hay que distinguir entre cuestionarse una proposición y dudarla: “Podemos poner cualquier proposición en modo interrogativo a voluntad; pero no podemos traer la duda a voluntad”. De donde la “actitud crítica” del “proceso que lleva a la aceptación de las ideas”, el cual puede ser corregido. A propósito, algunos aforismos de Wittgenstein (1991): “Quien quisiera dudar de todo, ni siquiera llegaría a dudar: El mismo juego de la duda presupone ya la certeza” (p. 115); “La duda viene ‘después’ de la creencia” (p. 160). Vid. Putnam (1999).

²⁵ En virtud de lo cual debe aplicarse lo que Peirce dice acerca de las ciencias normativas a aquello sobre lo que se investiga, a quien investiga y al producto de la investigación, respecto del acto de inferencia que se realice y apruebe, los fines de acción que se adopten, el ideal admirable.

²⁶ Para Peirce “la idea de significado es tal que entraña cierta referencia a un propósito. Pero el significado se atribuye sólo a los representámenes, y el único tipo de representamen que tiene un propósito definido declarado es el ‘argumento’” (*Lecciones VI*).

²⁷ Vid. Peirce (1970, 1978, *Lecciones VI-VII*, 1986, pp.39-40, 1989, pp. 236-240, 258-259). Un inventario de las definiciones, en el *Archivo virtual de Semiótica*, dir. Magariños de Morentin.

²⁸ “Cualquier cosa que determina a otra (su interpretante) a referirse a un objeto al que ella misma se refiere (su objeto) del mismo modo, transformándose a su vez el interpretante en signo <representamen>, y así sucesivamente ad infinitum”. (*Algunas categorías de la razón sintética*). La relación triádica es genuina, es decir, “sus tres miembros están unidos por ella de manera que no consista en ningún complejo de relaciones diádicas”, lo que hace posible la semiosis infinita. A partir de esta tríada elemental, de signo –representamen que representa un objeto en algún aspecto o carácter y signo creado –interpretante, equivalente o más desarrollado, se da el triplete gramática -lógica -retórica, que se ocupan respectivamente de las condiciones (de verdad) de los representámenes para que encarnen algún significado, de las representaciones respecto de los objetos y de los interpretantes para que den nacimiento a otros signos y otros pensamientos.

²⁹ El hombre mismo es un signo (1988a, *Algunas consecuencias de cuatro incapacidades*) y la vida mental es organización sígnica, es como una inmensa cadena sígnica que va desde los primeros interpretantes lógicos (conjeturas elementales) hasta los interpretantes lógicos finales: los hábitos, las disposiciones a la acción, y por lo tanto a la intervención en las cosas, a que tiende toda semiosis. Peirce afirma que “nuestro mundo, _éste que podemos comprender_ es un mundo de representaciones. Nadie puede negar que hay representaciones pues todo pensamiento es una” (1988a, el apartado *Algunas categorías de la razón sintética*, que reúne varios trabajos de distintas fechas). El modo de representación primordial es el pensamiento. Pensamos en signos, y todo pensamiento-signo se traduce o interpreta por uno subsiguiente: “el mundo pensado es un mundo de signos. Cada signo es a la vez interpretante e interpretado: interpretante del que le antecede, e interpretado por el que sigue” (Deladalle 1996: 26). Según Eco (1973, “La vida social como un sistema de signos”), en el continuo movimiento por el que “el mundo de la semiosis procede de signo en signo *in infinitum regressum*”, “la semiosis transforma en signo cualquier cosa con la que se topa”; así “comunicarse es usar el mundo entero como un aparato semiótico”, y cree, efectivamente, “que la cultura no es más que esto”. Eco (1994) afirma que “la cultura se constituye como sistema de sistemas de signos”, conocer las reglas de los mismos es conocer la sociedad (p. 166). Observa: “más allá del signo definido teóricamente, existe el ciclo de la semiosis, la vida de la comunicación, y el uso y la interpretación que se hace de los signos; está la sociedad que utiliza los signos, para comunicar, para informar, para mentir, engañar, dominar y liberar” (p. 20). Y “la misma práctica social no puede expresarse más que en forma de semiosis. Por ello, los signos son una fuerza social, y no simples instrumentos que reflejan las fuerzas sociales”; de ahí que la semiótica sea una teoría y una práctica continua, en cuanto “el análisis semiótico modifica el sistema que pone de manifiesto” (pp. 190-91). Vid. Eco (1985, 1995). Cfr. Kristeva (1981), acerca de la semiótica como praxis crítica y crítica de la praxis.

³⁰ “La ley es la razonabilidad eficiente” y ésta “es la terceridad en cuanto tal” (*Lecciones -V*); la terceridad “no sólo supone y envuelve las ideas de Segundidad y Primeridad, sino que nunca será posible encontrar una Segundidad o una Primeridad que no vaya acompañada de la Terceridad” (*Lecciones*). No pocas veces Peirce tuvo que aclarar y precisar sus ideas frente a algunas confusiones o interpretaciones, p. e. la dificultad en reconocer uno de los servicios que debería prestar el Pragmatismo _o “cualquiera que sea la verdadera doctrina de la lógica de la Abducción”_, cual es la de “adoptar una actitud satisfactoria hacia el elemento de terceridad” (*Lecciones -VII*), sin el cual su edificio se desmoronaría.

³¹ Sobre *iconismo*, y una “interrogación sobre la semiosis”, Eco (1999), *deSignis* 4; sobre la imaginación en Peirce, Andacht (1996). Paraphraseando el aforismo de Wittgenstein, *los límites de mi equipamiento semiótico significan los límites de mi mundo, el cual puede ser ampliado, en primer lugar, como objeto de una representación icónica* (posibilidad, cualidad, idea): “Si los límites del mundo son ampliados

mediante nuevas representaciones, los iconos son el modo fundamental de ampliación del conocimiento de lo real”, porque constituyen el momento germinal de la semiosis, de la “invención de un representamen, cuyo interpretante no está dado”, sino que se infiere; y porque construye un objeto “que no es accesible desde otros modos de representación” (Pérez Carreño 1987: 71). En García (2004) discutimos la curiosa lectura que hace Habermas (1996: 54, cursiva del autor) acerca de “la función *abridora de mundo* que tienen los signos <que> fue algo que Peirce pasó por alto” y de otros aportes de Peirce. Precisamente, uno de los aportes de la semiótica en la senda peirceana apunta hacia la apertura de mundos (posibles), la incursión en cada uno de los *universos del discurso*, noción introducida por De Morgan en 1846 (Peirce 1988b, *Sobre el álgebra de la lógica*) hasta el límite mismo de lo in-concebible. La propia dinámica semiótica compleja (además de la clasificación de signos, la diferenciación de “objetos”, “interpretantes”) es el motor de re-creación de nuevos universos de discurso -mundos posibles-. También la definición de *diagrama* de Peirce (un icono como medio de conocimiento, para establecer y analizar relaciones, para el control de las inferencias), cuya aplicación haría posible “una mejor comprensión de los estados de cosas, se los perciba, lea o imagine”. En la una introducción al lector en el tema de los relativos (1988b), se expide Peirce: “La diferencia entre registrar lugares en un diagrama para representar objetos conocidos y construir nuevos lugares para las creaciones del pensamiento lógico es abismal. Considerar a ésta como una de las operaciones normales del álgebra lógica equivale a introducir un cambio intrínseco en dicha álgebra”.

³² Acerca de una Teoría de la discursividad social, como “conjunto de hipótesis” sobre los modos de funcionamiento de la semiosis social, vid. Verón (1987).

³³ Esta conclusión (que ampliamos a la vida social, con respecto al conocimiento y la semiosis científica) es una de las que reproduce Peirce en “Algunas consecuencias de cuatro incapacidades”, que extrae de las cuatro proposiciones (refutaciones) en las que resultó el “criticismo de ciertas facultades” en oposición al cartesianismo. En carta al editor de *The Sun (Pragmatismo hecho fácil* <c. 1907>, comenta Peirce: “Existe una regla bien asentada entre los científicos según la cual, cada paso dado en la ciencia, cada nuevo resultado, debe ser atribuido a aquel que lo publica primero. <...> Al mismo tiempo, cuando un paso en la ciencia implica alguna idea nueva o ampliada, como, por ejemplo, la idea de Energía, que estaba implicada en la doctrina conocida al principio como ‘correlación de fuerzas’ o ‘conservación de fuerza’ <...> es casi auto-evidente que asignar la idea a un individuo apenas puede dar cuenta del proceso que realmente tuvo lugar”. La (verdadera) historia es más compleja, larga, enredada, polifónica, que la versión de las memorias científicas. En referencia a “la tríada importante en filosofía” (que historiza y pone en diálogo), dice Peirce que “La originalidad es la última de las recomendaciones cuando se trata de concepciones fundamentales” (*Una conjetura para el acertijo*). Como sostiene Bajtin (1985, “El problema de los géneros discursivos”): “El hablante no es un Adán, por lo tanto el objeto mismo de su discurso se convierte inevitablemente en un foro donde se encuentran opiniones de los interlocutores directos (en una plática o discusión acerca de cualquier suceso cotidiano) o puntos de vista, visiones del mundo, tendencias, teorías, etc. (en la esfera de la comunicación cultural)”. En el drama discursivo actúan con los mismos derechos el autor, el público y todos aquellos cuyas voces (re)suenan en/con el discurso del autor; y es la consecución del diálogo siempre abierto sobre el mundo, que cuando se trata de discurso científico no puede cerrarse con ninguna respuesta que admita un carácter último y definitivo. En la conferencia V sobre Pragmatismo (y el sentido común), dice James: “nuestro conocimiento crece *a trozos*”, “nunca se da completo, sino que siempre queda algo de lo que era el antiguo”. En el proceso de recepción de otros conocimientos o ideas, las *mentes* (se refiere al público con respecto al tema de las conferencias) “se sentirían sacudidas, y a veces dolorosamente, entre las antiguas creencias y las novedades que la experiencia aporta”. La mente, pues, crece y se extiende como manchas: “Pero las dejamos extenderse lo menos posible; conservando inalterados tanto nuestro antiguo conocimiento como muchos de nuestros prejuicios y creencias. Más que renovar, lo que hacemos es zurcir y remendar. La novedad reblandece y tiñe la antigua masa que es a su vez teñida por lo que absorbe. Nuestro pasado se asimila y coopera a la masa de ideas; y, en el nuevo equilibrio en que termina cada paso en el proceso de conocimiento, pocas veces sucede que el nuevo hecho se añada ‘crudo’. Con más frecuencia queda cocinado <...> o estofado en la salsa del pasado. Las nuevas verdades son, pues, resultante de nuevas experiencias y de viejas verdades combinadas que se modifican mutuamente” (1999: 112-113; sigue la tesis sobre la “fase del sentido común”).

³⁴ Esto no cabe cuando se lee *El Quijote* o se mira *Las meninas*. Para no estar “atrasado” en cultura no es necesario dar la espalda a las obras del pasado: “Las ruedas de la cultura giran con diferente velocidad” (Idem).

³⁵ Ver, entre otros, “La lógica considerada como semiótica” de 1902 (de donde proceden las citas), “una solicitud de ayuda de la Institución Carnegie para desarrollar cierto trabajo científico”, sobre lógica, cuyo plan comprendería unos cinco años, para escribir más de 30 memorias de 20 mil a 100 mil palabras cada una. Un panorama sintético de algunas de sus líneas de trabajo, puesta en escena (enunciativa -retórica) de su *modus operandi*, razones y pasiones, principios y finalidades.

R

y

P